

**Pedro Calderón de la Barca**  
**A secreto agravio, secreta vengaza.**

**Personas**

EL REY DON SEBASTIAN.  
DON LOPE DE ALMEIDA.  
DON JUAN DE SILVA.  
DON LUIS DE BENAVIDES.  
DON BERNARDINO, *viejo*.  
EL DUQUE DE BERGANZA.  
DOÑA LEONOR, *dama*.  
SIRENA, *criada*.  
MANRIQUE, *criado*.  
CELIO, *criado*.  
UN BARQUERO.  
ACOMPAÑAMIENTO.  
SOLDADOS.

*La escena es en Lisboa, en las cercanías de Aldea Gallega y en otros puntos.*

**Jornada primera**

*Vista exterior de una quinta del Rey*

**Escena primera.**

EL REY DON SEBASTIAN, DON LOPE DE ALMEIDA,  
MANRIQUE, *acompañamiento*

DON LOPE

Otra vez, gran señor, os he pedido  
esta licencia, y otra habéis tenido  
por bien mi casamiento;  
mas yo que siempre, a tanta luz atento,  
vivo en vuestro semblante, vengo a daros  
cuenta de mi elección, y a suplicaros  
que en vuestra gracia pueda  
colgar las armas, y que Marte ceda  
a Amor la gloria, cuando en paz reciba,

en vez de alto laurel, sagrada oliva.  
Yo os he servido, y solamente espero  
esta merced por galardón postrero,  
pues con esta licencia venturosa  
hoy saldré a recibir mi amada esposa.  
Yo estimo vuestro gusto y vuestro aumento,  
y me alegro de vuestro casamiento;  
y a no estar ocupado  
en la guerra que en Africa he intentado,  
fuera vuestro padrino.  
Eterno dure ese laurel divino  
que tus sienes corona.  
Estimo en mucho yo vuestra persona.  
(*Vase el Rey y el acompañamiento.*)

## Escena II

DON LOPE, MANRIQUE.  
Contento estás.

MANRIQUE.  
DON LOPE.  
Mal supiera  
la dicha y la gloria mía  
disimular su alegría  
¡Felice yo, si pudiera  
volar hoy!  
Al viento igualas.  
Poco aprovecha; que el viento  
es perezoso elemento.  
Dírame el amor sus alas,  
volara abrasado y ciego;  
pues quien al viento se entrega,  
olas de viento navega,  
y las de amor son de fuego.  
Para que desengañanne  
pueda, creyendo que tienes  
causa, dime a lo que vienes  
con tanta prisa.  
A casarme.  
¿Y no miras que es error,  
digno de que al mundo asombre,  
que vaya a casarse un hombre  
con tanta prisa, señor?  
Si hoy, que te vas a casar,  
del mismo viento te quejas,  
¿qué dejas que hacer, qué dejas

cuando vayas a enviudar?

### Escena III

DON JUAN DE SILVA, *en traje pobre*, DON LOPE, MANRIQUE.

DON JUAN. *(Para sí.)* ¡Cuán diferente pensé  
volver a ti, patria mía,  
aquel infelice día  
que tus umbrales dejé!  
¡Quién no te hubiera pisado!  
Pues siempre mejor ha sido,  
adonde no es conocido,  
vivir el que es desdichado.  
Gente hay aquí, no es razón  
verme en el mal que me veo.

DON LOPE. Aguárdate. No lo creo.  
¿Si es verdad? ¿Si es ilusión?

DON JUÁN. ¡Don Juan!  
DON LOPE. ¡Don Lope!

DON LOPE. Dudoso  
de tanta dicha, mis brazos  
han suspendido sus lazos.  
DON JUAN. Deteneos, que es forzoso  
que me defienda de quien  
tanto honor y valor tiene;  
que hombre que tan pobre viene,  
don Lope amigo, no es bien  
que toque (oh suerte importuna!)  
pecho de riquezas lleno.

DON LOPE. Vuestras razones condeno,  
porque si da la fortuna  
humanos bienes del suelo,  
el cielo un amigo da  
como vos: ¡ved lo que va  
desde la fortuna al cielo!

DON JUAN. Aunque hacéis que aliento cobre,  
en mí mayor mal está.  
¡Mirad cuán grande será  
mal que es mayor que ser pobre!  
Y porque mi sentimiento  
algún alivio prevenga,  
si es posible que le tenga,  
escuchad, don Lope, atento.  
A la conquista famosa  
de la India, que eligió  
para su tumba la noche  
y para su cuna el sol,

amigos, y tan amigos,  
pasamos juntos los dos,  
que asistieron en dos cuerpos  
un alma y un corazón.  
No codicia de riqueza,  
sino codicia de honor  
obligó nuestros deseos  
a tan atrevida acción,  
como tocar con bajeles  
la provincia que ignoró  
por tantos años la ciencia,  
nunca creída hasta hoy.  
La nobleza lusitana  
de su fortuna fió  
naves, que ciertas exceden  
las fingidas de Jasón.  
Dejo esta alabanza a quien  
pueda con más dulce voz  
contar los famosos hechos  
de esta invencible nación;  
porque el gran Luis de Camoens,  
escribiendo lo que obró,  
con pluma y espada muestra  
ya el ingenio y ya el valor  
en esta parte. Después,  
Don Lope invicto, que vos,  
por muerte de vuestro padre,  
volvisteis, me quedé yo,  
bien sabéis con cuánta fama  
de amigos y de opinión,  
que ahora perdidos hacen  
el sentimiento mayor.  
Pero en efecto es consuelo.  
¡Ved si desgraciado soy,  
que nunca le di, malquisto,  
a la fortuna ocasión!  
Había en Goa una señora,  
hija de un hombre a quien dio  
grande cantidad de hacienda  
codicia y contratación.  
Era hermosa, era discreta;  
que, aunque enemigas las dos,  
en ella hicieron las paces  
hermosura y discreción.  
Servíla tan venturoso,  
que merecí algún favor;

pero ¿quién ganó al principio,  
que a la postre no perdió?  
¿Quién fue antes tan felice,  
que después no declinó?  
Porque son muy parecidos  
juego, fortuna y amor,  
Don Manuel de Sosa, un hombre  
(hijo del gobernador  
Manuel de Sosa) por sí  
de mucha resolución,  
muy valiente, muy cortés,  
bizano y cuerdo (que yo,  
aunque le quite la vida,  
no he de quitarle el honor),  
de Violante enamorado  
(que éste es el nombre que dio  
ocasión a mi ventura  
y a mi desdicha ocasión),  
en Goa públicamente  
era mi competidor.  
Poco cuidado me daba  
su amorosa pretensión;  
porque siendo, como era,  
el favorecido yo,  
la pena del despreciado  
hizo mi dicha mayor.  
Un día, que el sol hermoso  
saliera (¡pluguiera a Dios,  
sepultara eterna noche  
su continuo resplandor!),  
salió con el sol Violante:  
bastaba pedirle yo  
que aun el uno no saliera,  
para que salieran dos.  
De criados rodeada  
a la marina llegó  
donde estaba mucha gente,  
porque en aquella ocasión  
había llegado una nave  
al puerto, y su admiración  
ido causa a aqueste concurso,  
y a mi desdicha la dio.  
Estábamos en un corro  
de mucha gente los dos,  
todos soldados y amigos,  
cuando a la vista pasó

Violante. Iba tan airosa,  
que allí ninguno dejó  
de poner el alma en ella,  
porque su planta veloz  
era el móvil que llevaba  
tras sí la imaginación.  
Dijo un capitán: -¡Qué bella  
mujer! -A quien respondió  
don Manuel: -Y como tal  
ha sido la condición.  
-Será cruel. -No por eso  
lo digo (le replicó),  
sino por ver que ha escogido,  
como hermosa, lo peor.-  
Yo entonces dije: -Ninguno  
sus favores mereció,  
porque no hay quien los merezca;  
y si hay alguno, soy yo.  
-Mentís (dijo). Aquí no puedo  
proseguir, porque la voz  
muda, la lengua turbada,  
frío el cuerpo, el corazón  
palpitante, los sentidos  
muertos y vivo el dolor,  
quedan repitiendo aquella  
afrenta. ¡ Oh tirano error  
de los hombres! ¡Oh vil ley  
del mundo! ¡Que una razón,  
o que una sinrazón pueda  
manchar el altivo honor  
tantos años adquirido,  
y que la antigua opinión  
de honrado quede postrada  
a lo fácil de una voz!  
¡Que el honor, siendo un diamante,  
pueda un frágil soplo (¡ay Dios!)  
abrasarle y consumirle,  
y que siendo su esplendor  
más que el sol puro, un aliento  
sirva de nube a este sol!  
Mucho del caso me aparto,  
llevado de la pasión.  
Perdonad, vuelvo al suceso.  
Apenas él pronunció  
tales razones, don Lope,  
cuando mi espada veloz

pasó de la vaina al pecho,  
tal que a todos pareció  
que imitaron trueno y rayo  
juntas mi espada y su voz.  
Bañado en su misma sangre,  
muerto en la arena cayó,  
cuando para mi defensa  
tomé una iglesia, a quien dio  
en aquel sitio lugar  
la sagrada religión  
de Francisco; que por ser  
su padre el gobernador,  
me fue forzoso esconderme  
con tanto asombro y temor,  
que tres días un sepulcro  
habité vivo. ¿Quién vio  
que siendo el contrario el muerto,  
fuese el sepultado yo?  
Al cabo de los tres días,  
por amistad y favor,  
el capitán de la nave  
que a nuestro puerto llegó,  
y que a Lisboa venía,  
en ella me recibió  
una noche, cuyo manto  
fue de mi vida ocasión.  
En esta nave escondido  
estuve, hasta que el veloz  
monstruo del viento y del agua  
los piélagos dividió  
de Neptuno. ¡Injusto engaño  
de la vida! O su pasión  
no dé por infame al hombre  
que sufre su deshonor,  
o le dé por disculpado  
si se venga; que es error  
dar a la afrenta castigo,  
y no al castigo perdón.  
Hoy he llegado a Lisboa,  
adonde tan pobre estoy,  
que no osaba entrar en ella.  
Éstas mis fortunas son,  
ya no tristes, sino alegres,  
pues me dieron ocasión  
de llegar a vuestros brazos.  
Éstos mil veces os doy,

DON LOPE.

si un hombre tan infelice  
puede merecer de vos,  
¡oh gran don Lope de Almeida!,  
tal merced, honra y favor.

Atentamente escuché,  
don Juan de Silva, las quejas,  
que en lágrimas anegadas  
dais desde el pecho a la lengua,  
y atentamente he pensado  
que no hay opinión que pueda,  
por más sutil que discurra,  
tener dudosa la vuestra.

¿Quién, en naciendo, no vive  
sujeto a las inclemencias  
del tiempo y de la fortuna?

¿Quién se libra, quién se excepta  
de una intención mal segura,  
de un pecho doble, que alienta  
la ponzoña de una mano  
y el veneno de una lengua?

Ninguno. Sólo dichoso  
puede llamarse el que deja,  
como vos, limpio su honor  
y castigada su ofensa.

Honrado estáis: negras sombras  
no deslustren, no oscurezcan  
vuestro honor antiguo, y hoy  
en nuestra amistad se vea  
la virtud de aquellas plantas,  
tan conformemente opuestas,  
que una con calor consume,  
y otra con frialdad penetra,  
siendo veneno las dos,  
y estando juntas, se templan  
de suerte, que son entonces  
salud más segura y cierta.

Vos estáis tristes, yo alegre:  
partamos la diferencia  
entre los dos, y templando  
el contento y la tristeza,  
queden en igual balanza  
mi alegría y vuestra pena,  
mi gusto y vuestro dolor,  
mi ventura y vuestra queja,  
porque el pesar o el placer  
matar a ninguno pueda.



Yo me he casado en Castilla,  
por poder, con la más bella  
mujer... (Mas para ser propia  
es lo menos la belleza).  
Con la más noble, más rica,  
más virtuosa y más cuerda  
que pudo en el pensamiento  
hacer dibujos la idea.  
Doña Leonor de Mendoza  
es su nombre, y hoy con ella  
don Bernardino mi tío  
llegará a Aldea Gallega,  
donde salgo a recibirla  
con tan venturosas muestras  
como veis; y un bello barco  
tan venturoso la espera,  
que juzga por perezosas  
hoy del tiempo las ligeras  
alas; porque el bien que tarda  
no llega bien cuando llega.  
Ésta es mi dicha, mayor  
por ver cuánto la acrecienta  
vuestra venida don Juan.  
No os dé temor, no os dé pena  
venir pobre; rico soy;  
mi casa, amigo, mi mesa,  
mis caballos, mis criados,  
mi honor, mi vida, mi hacienda,  
todo es vuestro. Consolaos  
de que la fortuna os deja  
un amigo verdadero,  
y que no ha tenido fuerza  
contra vos quien os quitó  
ese valor que os alienta,  
esa alma que os anima,  
y este brazo que os defiende.  
No me respondáis, dejad  
las cortesanas finezas,  
entre amigos excusadas,  
y venid adonde sea  
testigo vuestra persona  
de la dicha que me espera;  
que hoy en Lisboa ha de entrar  
mi esposa, y estas tres leguas  
de mar (para mí de fuego)  
hemos de venir con ella;

que de esotra parte está  
sin duda.

DON JUAN. Pues no pretenda  
con mi humildad deslucirse,  
don Lope, vuestra nobleza,  
porque el mundo, no la sangre,  
sino el vestido, respeta.

DON LOPE. Ése es engaño del mundo,  
que no ve ni considera  
que al cuerpo le viste el oro,  
pero al alma la nobleza.  
Venid conmigo. (*Ap.*) Suspiros,  
ofreced viento a las velas,  
si es que en los mares del fuego,  
bajeles de amor navegan.  
(*Vanse los dos*)

MANRIQUE. Yo me quiero adelantar  
en alguna barca destas,  
que llaman muletes, y hoy,  
siendo cojo con muletas,  
pediré a mi nueva ama  
las albricias de que llega  
su esposo; que el primer día  
da las albricias cualquiera,  
porque sale de forzada,  
si es lo mismo que doncella. (*Vase.*)

*Campo cercano a Aldea Gallega.*

#### **Escena IV**

DON BERNARDINO, DOÑA LEONOR, SIRENA

D. BERNARDINO. En la falda lisonjera  
deste monte coronado  
de flores, donde ha llamado  
a cortes la primavera,  
puedes descansar, en tanto,  
bella Leonor, que dichoso  
llega don Lope tu esposo.  
Y perdona al dulce llanto,  
aunque no es gran maravilla  
que con sentimiento igual,  
a vista de Portugal

DOÑA LEONOR.

te despides de Castilla.  
Ilustre don Bernardino  
de Almeida, mi tierno llanto  
no es ingratitud a tanto  
honor como me previno  
la suerte y la dicha mía.  
Viendo tan cercano el bien,  
gusto ha sido; que también  
hay lágrimas de alegría.

D. BERNARDINO.

Cuerdamente te disculpa  
la discreción lisonjera;  
y aunque por disculpa fuera,  
te agradeciera la culpa.  
Yo quiero dar más lugar  
a divertir la porfía  
de aquesta melancolía.  
Aquí puedes descansar,  
venciendo el rigor aquí  
del sol, que en sus rayos arde.  
El cielo tu vida guarde. (*Vase.*)

#### Escena V

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR.

¿Fuese ya, Sirena?

SIRENA.

Sí.

DOÑA LEONOR.

¿Óyenos alguien?

SIRENA.

Sospecho que estamos solas las dos.

DOÑA LEONOR.

Pues salga mi pena (¡ay Dios!)  
de mi vida y de mi pecho.

Salga en lágrimas deshecho

el dolor que me provoca,

el fuego que al alma toca,

remitiendo sus enojos

en lágrimas a los ojos,

y en suspiros a la boca.

Y sin paz y sin sosiego

todo lo abrasan veloces,

pues son de fuego mis voces

y mis lágrimas de fuego.

Abrasen, cuando navego

tanto mar y viento tanto,

mi vida y mi fuego cuanto

consume el fuego violento,

pues mi voz es fuego y viento,  
mis lágrimas fuego y llanto.

SIRENA. ¿Qué dices, señora? Advierte  
en tu peligro y tu honor.

DOÑA LEONOR. ¿Tú que sabes mi dolor,  
tú que conoces mi muerte,  
me reportas desta suerte?  
¿Tú de mi llanto me alejas?  
¿Tú que calle me aconsejas?  
Tu inútil queja escuchando  
estoy.

SIRENA. ¡Ay Sirena! ¿Cuándo  
son inútiles las quejas?  
Quéjase una flor constante  
si el aura sus hojas hiere  
cuando el sol caduco muere  
en túmulos de diamante;  
quéjase un monte arrogante  
de las injurias del viento  
cuando le ofende violento;  
y el eco, ninfa vocal,  
quejándose de su mal,  
responde el último acento.  
Quéjase, porque amar sabe,  
una hiedra, si perdió  
el duro escollo que amó;  
y con acento suave  
se queja una simple ave  
del que la cogió a traición,  
y en la dorada prisión  
así aliviarse pretende,  
que al fin la queja se entiende,  
si se ignora la canción.  
Quéjase el mar a la tierra,  
cuando en lenguas de agua  
toca los labios de opuesta roca.  
Quéjase el fuego, si encierra  
rayos, que al mundo hacen guerra:  
¿qué mucho, pues, que mi aliento  
se rinda al dolor violento,  
si se quejan monte, piedra,  
ave, flor, eco, sol, hiedra,  
tronco, rayo, mar y viento?

SIRENA. Sí, mas ¿qué remedio así  
consigues desesperada?  
Don Luis muerto y tú casada,

DOÑA LEONOR.

¿qué pretendes?  
¡Ay de mí!  
Di, Sirena amiga, di,  
don Luis muerto y muerta yo.  
Pues si el cielo me forzó,  
me verás en esta calma,  
sin gusto, sin ser, sin alma,  
muerta sí, casada no.  
Lo que yo una vez amé,  
lo que una vez aprendí,  
podré perderlo, ¡ay de mí!,  
olvidarlo no podré.  
¿Olvido donde hubo fe?  
Miente amor. ¿Cómo se hallara  
burlada verdad tan clara?  
Pues la que constante fuera,  
no olvidará si quisiera,  
no quisiera si olvidara.  
¡Mira tú lo que sentí  
cuando su muerte escuché,  
pues forzada me casé  
sólo por vengarme en mí!  
Ya la vez última aquí  
se despida mi dolor.  
Hasta las aras, amor,  
te acompañé; aquí te quedas,  
por que atreverte no puedas  
a las aras del honor.

#### **Escena VI**

MANRIQUE. -DOÑA LEONOR, SIRENA  
MANRIQUE.  
¡ Dichoso yo que he llegado,  
venturoso yo que he sido,  
felice yo que he venido,  
refelice yo que he dado  
el primero labio mío  
a la estampa dese pie,  
que, lleno de flores,  
fue primavera del estío!  
Y pues he llegado a vos,  
beso y vuelvo a rebesar  
cuanto se puede besar,  
sin ofender a mi Dios.  
DOÑA LEONOR.  
MANRIQUE.  
¿Quién sois?  
El menor criado  
de don Lope, mi señor

(mas no el hablador menor),  
que veloz me he adelantado  
por albricias de que viene.  
DESCUIDO FUE, BIEN DECÍS,  
tomad. Y ¿de qué servís  
a don Lope?

DOÑA LEONOR.  
MANRIQUE.  
Hombre que tiene  
este humor, ¿ya no os avisa  
que es gentilhombre su nombre?

DOÑA LEONOR.  
MANRIQUE.  
¿Y de qué sois gentilhombre  
De la boca de la risa.  
Criado, a quien le prefieren  
a los mayores cuidados,  
y es pendanga de criados,  
hecha del palo que quieren:  
cuando guardo, mayordomo;  
cuando algún vestido espero  
de mi amo, camarero;  
maestresala, cuando tomo  
para mí el mejor bocado;  
secretario, poco amigo,  
cuando sus secretos digo;  
caballerizo extremado,  
cuando por no andar a pie,  
con achaque de pasealle,  
salgo a caballo a la calle;  
cuando alguna cosa fue  
tal que se guarda de mi,  
soy entonces su vedor,  
y después su contador;  
pues a todos desde allí  
lo cuento, a todos lo aviso;  
cuando hurto lo que quiero  
de la plaza, repostero;  
dispensero, cuando siso;  
soy valiente cuando huyo;  
y soy su cochero el día  
que sus amores me fia;  
y así claramente arguyo  
que soy por tan varios modos,  
sirviéndole siempre así,  
cada oficio de por sí,  
y murándole, todos.

*( Hablan aparte Doña Leonor y Sirena. )*

### Escena VII

DON BERNARDINO, DON LUIS y CELIO, *que se quedan lejos de*  
DOÑA LEONOR, SIRENA, MANRIQUE

DON LUIS.

Soy mercader, y trato en los diamantes,  
que hoy son piedras, y rayos fueron antes  
del sol, que perficiona y ilumina  
rústico grano en la abrasada mina.  
Paso desde Lisboa hasta Castilla,  
y en esta aldea vila maravilla  
del cielo, reducida en una dama  
que acompañáis; y luego de la fama  
supe que va casada o a casarse.  
Y como suele en todas emplearse  
este caudal más bien, porque las bodas  
en la gala y la joya empiezan todas,  
enseñaros quisiera algunas dellas,  
que no son más lucientes las estrellas,  
por ver si la ocasión con el deseo  
hacen en el camino algún empleo.

D . BERNARDINO .

La prevención y la advertencia ha sido  
acertada. A buen tiempo habéis venido,  
pues yo, por divertirla y alegrarla  
(que está triste), unajoya he de feriarla.  
Aquí esperad, y llegaré primero a  
prevenirla.

DON LUIS .

Pues ahora quiero  
que la llevéis, señor, para bastante  
prueba de mi verdad, este diamante:  
*(Dásele.)*

que visto su valor y su excelencia,  
no dudo yo, señor, que os dé licencia  
de llegar a sus pies.

D. BERNARDINO.

¡Es piedra rara!  
¡ Qué fondo ! ¡ Qué caudal! ¡ Qué limpia y  
clara!

Aquí, divina Leonor. *(Llégase a ella.)*

Ha llegado un mercader,  
en cuya mano has de ver  
joyas de grande valor,  
ricas, costosas y bellas.

Divierte un poco el pesar;  
que yo te quiero feriar  
lo que te agrada dellas.  
Este diamante, farol  
que con luz hermosa y nueva,  
para su limpieza prueba

ser luciente hijo del sol,  
viene por testigo aquí.  
Toma el diamante. (*Dásele.*)  
DOÑA LEONOR. (*Ap.*) ¿Qué veo?  
¡Cielos!  
Dime...  
D. BERNARDINO. (*Ap.*) Aún no lo creo.  
DOÑA LEONOR. Si ha de llegar.  
D. BERNARDINO. (*Ap.*) ¡Hay de mi!  
DOÑALEONOR. Este diamante es el mismo...  
Dile que llegue. - ¡Sirena!  
(*Apártase Don Bernardino.*)  
(*Ap.*) (Sáqueme amor desta pena,  
deste encanto, deste abismo.)  
Este diamante que ves,  
luz que con el sol la mides,  
di a don Luis de Benavides.  
Prensa mía y suya es.  
O mis lágrimas me ciegan,  
o es el mismo. Hoy sabré yo  
cómo a mis manos volvió.  
SIRENA. Disimula, que ya llegan.  
(*Llega Don Luis.*)  
DON LUIS. Yo soy, hermosa señora...  
DOÑA LEONOR. (*Ap.*) Alma de la pena mía,  
cuerpo de mi fantasía.  
SIRENA. (*Ap. a ella.*) Disimula y calla ahora;  
que ya veo la razón  
que tienes para admirarte.  
DON LUIS. Yo soy quien en esta parte  
piensa lograr la ocasión,  
habiendo a tiempo llegado  
en que pueda mi deseo  
hacer el feliz empleo  
tantos años esperado.  
Traigo joyas que vender  
de innumerable riqueza;  
y entre otras, una firmeza  
sé que os ha de parecer  
bien; porque della sospecho  
que adorne esa bizarría,  
si es que la firmeza mía  
llega a verse en vuestro pecho.  
Un Cupido de diamantes  
traigo de grande valor;



que quise hacer al amor  
yo de piedras semejantes,  
porque labrándole así,  
cuando alguno le culpase  
de vario y fácil, le hallase  
firme solamente en mí.  
Un corazón traigo, en quien  
no hay piedra falsa ninguna:  
sortijas bellas, y en una  
unas memorias se ven.  
Una esmeralda que había,  
me hurtaron en el camino,  
por el color, imagino,  
que perfecto le tenía.  
Estaba con un zafiro;  
mas la esmeralda llevaron  
solamente, y me dejaron  
esta azul piedra que miro;  
y así dije en mis desvelos:  
«¿Cómo con tanta venganza  
me llevasteis la esperanza  
para dejarme los celos?»  
Si gusta vuestra belleza,  
descubriré, por más glorias,  
el corazón, las memorias,  
el amor y la firmeza.  
El mercader es discreto.  
¡Qué bien a las joyas bellas,  
para dar gusto de vellas,  
las fue aplicando su efeto!  
Aunque vuestras joyas son  
tales como encarecéis,  
para mostrarlas habéis  
llegado a mala ocasión.  
Y yo, en ver su hermoso alarde,  
contento hubiera tenido,  
si antes hubierais venido;  
pero habéis venido tarde.  
¿Qué se dijera de mi,  
si cuando casada estoy,  
si cuando esperando estoy  
a mi noble esposo, aquí  
pusiera, no mi tristeza,  
sino mi imaginación  
en ver ese corazón,  
ese amor y esa firmeza?

D. BERNARDINO.

DOÑA LEONOR.

No los mostréis; que no es bien  
que, tan sin tiempo miradas  
agora, desestimadas  
memorias vuestras estén.  
Y tomad vuestro diamante;  
que ya sé que pierdo en él  
una luz hermosa y fiel,  
al mismo sol semejante.  
No culpéis la condición  
que en mí tan esquivada hallasteis;  
culpaos a vos, que llegasteis  
sin tiempo y sin ocasión.  
(*Ruido dentro*).

MANRIQUE.

(*Mirando dentro*.) Ya don Lope mi señor  
llega.

DON LUIS.

(*Ap.*) ¿Habrán en desdicha igual  
mal que compita a mi mal,  
ni dolor a mi dolor?

DOÑA LEONOR.

(*Ap.*) ¡Qué veneno!

DON LUIS.

(*Ap.*) ¡Qué crueldad!

D. BERNARDINO.

A recibirle lleguemos. (*Vase.*)

MANRIQUE.

Callen todos, y escuchemos  
la primera necesidad;  
porque un novio a quien le place  
la dama y a verla llega,  
como necedades juega,  
es tahúr que dice y hace. (*Vase.*)

### Escena VIII

DOÑA LEONOR, DON LUIS, SIRENA, CELIO

DON LUIS.

¿Qué me podrás responder,  
mujer tan fácil, liviana,  
mudable, inconstante y yana,  
y mujer, en fin, mujer,  
que pueda satisfacer  
a tu mudanza y olvido?

DOÑA LEONOR.

Haber tu muerte creído,  
haber tu vida llorado  
causa a mi mudanza ha dado,  
que a mi olvido no ha podido;  
pues cuando te llego a ver,  
a no estar ya desposada,

vieras hoy determinada  
si soy mutable o mujer.  
Desposéme por poder.  
Y bien por poder se advierte:  
por poder borrar mi suerte,  
por poder dejarme en calma,  
por poder quitarme el alma,  
por poder darme la muerte.  
Ésta dices que creíste,  
y no fue yana apariencia;  
que si creíste mi ausencia,  
es lo mismo: bien dijiste.  
DOÑA LEONOR. No puedo, no puedo, ¡ay triste!,  
responder; que está conmigo,  
no mi esposo, mi enemigo.  
Mas porque me culpas fiel,  
lo que le dijere a él,  
también hablaré contigo.  
(Retirase Don Luis a un lado.)

#### Escena IX

DON LOPE, DON BERNARDINO, MANRIQUE. -DOÑA LEONOR,  
SIRENA; DON LUIS y CELIO, retirados.  
DON LOPE. Cuando la fama en lenguas dilatada  
vuestra rara hermosura encarecía,  
por fe os amaba yo, por fe os tenía,  
Leonor, dentro del alma idolatrada.  
Cuando os mira, suspensa y elevada  
el alma que os amaba y os quería  
culpa la imagen de su fantasía,  
que sois vista mayor que imaginada.  
Vos sola a vos podéis acreditaros.  
¡Dichoso aquel que llega a mereceros,  
y más dichoso si acertó a estimaros!  
Mas ¿cómo he de estimaros ni ofenderos?  
Que quien antes de veros pudo amaros,  
mal os podrá olvidar después de veros.  
DOÑA LEONOR. Yo me firmé rendida antes que os viese,  
y vivo y muerto sólo en vos estaba,  
porque sola una sombra vuestra amaba;  
pero bastó que sombra vuestra fuese.  
¡Dichosa yo mil veces, si pudiese  
amaros como el alma imaginaba!  
Que la deuda común así pagaba  
la vida, cuando humilde me rindiese.

Disculpa tengo, cuando temeroso  
 y cobarde mi amor, llegó a miraros,  
 si no pago un amor tan generoso.  
 De vos, y no de mí, podéis quejaros,  
 pues aunque yo os estime como a esposo,  
 es imposible, como sois, amaros.  
 DON LOPE. Ahora, tío y señor,  
 me dad los invictos brazos.  
 D. BERNARDINO. Y serán eternos lazos  
 de deuda, amistad y amor.  
 Y porque no culpe ahora  
 la dilación, a embarcar  
 nos lleguemos.  
 DONLOPE. Hoy el mar  
 segunda Venus adora.  
 MANRIQUE. Y pues que con tanta gloria  
 dama y galán se han casado,  
 perdonad, noble Senado,  
 que aquí se acabe la historia.  
*(Vanse Don Lope, Doña Leonor, Don Bernardino, Manrique y Sirena.)*

**Escena X**  
DON LUIS, CELIO.

CELIO . Señor, pues que desta suerte  
 hallaste tu desengaño,  
 vuelve en ti, repara el daño  
 de tu vida y de tu muerte.  
 Ya no hay estilo ni medio  
 que tú debas elegir.  
 DON LUIS. Sí hay, Celio.  
 CELIO. ¿Cuáles?  
 DON LUIS. Morir,  
 que es el último remedio.  
 Muera yo, pues vi casada  
 a Leonor, pues que Leonor  
 dejó burlado mi amor  
 y mi esperanza burlada.  
 Mas ¿qué me podrá matar,  
 si los celos me han dejado  
 con vida? Aunque mi cuidado  
 me pretende consolar  
 dándome alguna esperanza;  
 pues cuando a su esposo habló,

CELIO .

DON LUIS.

conmigo se disculpó  
de su olvido y su mudanza.  
¿Cómo disculpar contigo?  
A mil locuras te pones.  
Éstas fueron sus razones,  
mira si hablaba conmigo:  
Yo me firmé rendida antes que os viese  
y vivo y muerto sólo en vos estaba,  
porque sola una sombra vuestra amaba;  
pero bastó que sombra vuestra fuese.  
¡Dichosa yo mil veces, si pudiese  
amaros como el alma imaginaba!  
Que la deuda común así pagaba  
la vida, cuando humilde me rindiese.  
Disculpa tengo cuando temeroso  
y cobarde mi amor, llego a miraros,  
si no pago un amor tan generoso.  
De vos y no de mí, podéis quejaros,  
pues, aunque yo os estime como a esposo,  
es imposible, como sois, amaros.  
Y puesto que así me ha dado  
disculpa de su mudanza,  
sea mi loca esperanza  
veneno y puñal dorado.  
Si ha de matarme el dolor,  
mejor es el gusto, ¡cielos!,  
y si he de morir de celos,  
mejor es morir de amor.  
Siga mi suerte atrevida  
su fin contra tanto honor,  
porque he de amar a Leonor,  
aunque me cueste la vida.  
(Vase.)

### **Jornada segunda**

*Sala en casa de Don Lope en Lisboa.*

#### **Escena primera**

MANRIQUE.

SIRENA, MANRIQUE.

Sirena de mis entrañas,  
que para aumentar mi pena  
eres la misma Sirena,  
que enamoras y engañas:  
duélate ver el rigor

SIRENA.  
MANRIQUE.

con que tratas mis cuidados;  
que también a los criados  
hiere de barato amor.  
Dame un favor de tu mano.  
Pues ¿qué puedo darte yo?  
Mucho puedes; pero no  
quiero bien más soberano  
que aquese verde listón,  
con que yaces declarada  
por dama de la lazada  
o fregona del tusón.

SIRENA.  
MANRIQUE.  
SIRENA.

¿Una cinta quieres?  
Sí.  
Ya aquese tiempo pasó,  
que un galán se contentó  
con una cinta.

MANRIQUE.

Es así;  
pero si yo la tuviera,  
desparramando concetos,  
mil y ciento y un soneto  
hoy en tu alabanza hiciera.

SIRENA.

Por yerme tan soneteada  
te la doy; y vete ahora,  
porque viene mi señora.  
(*Vase Manrique.*)

## Escena II

DOÑA LEONOR.

DOÑA LEONOR. -SIRENA.

Ya vuelvo determinada.  
Esto, Sirena, es forzoso:  
declárese mi rigor,  
porque mi vida y mi honor  
ya no es mío, es de mi esposo.  
Dile a don Luis, que pues es  
principal, noble y honrado,  
por español y soldado  
obligado a ser cortés,  
que una mujer (no Leonor,  
porque le basta saber  
a una noble que una mujer)  
le suplica que su amor  
olvide: que maravilla  
cuidado en la calle tal,  
y no sufre Portugal  
galanteos de Castilla:

que con lágrimas bañada  
vuelvo a pedirle se vuelva  
a Castilla, y se resuelva  
a no hacerme mal casada;  
porque fiera y ofendida,  
si no lo hace, vive Dios,  
que podrá ser que a los dos  
nos venga a costar la vida.  
Desa suerte lo diré,  
si puedo verle y hablarle.  
¿Cuándo falta de la calle?  
Mas no hables en ella, ve  
a buscarle a la posada.  
Mucho, señora, te atreves.  
(*Vase.*)

### Escena III

DON LOPE, DON JUAN, MANRIQUE. -DOÑA LEONOR.

DON LOPE. (*Ap.*) ¡Ay honor, mucho me debes!  
DON JUAN. Ya se acerca la jornada.  
DON LOPE. No queda en toda Lisboa  
fidalgo ni caballero,  
que ser no piense el primero  
que merezca eterna loa  
con su muerte.  
MANRIQUE. Justo es;  
mas no pienso desa suerte  
tener yo loa en mi muerte,  
ni comedia ni entremés.  
DON LOPE. ¿Luego tú no piensas ir  
al Africa?  
MANRIQUE. Podrá ser  
que vaya; mas será a ver,  
por tener más que decir;  
no a matar, quebrando en vano  
la ley en que vivo y creo;  
pues allí explicar no veo  
que sea moro ni cristiano.  
*No matar*, dice. Y los dos  
esto me veréis guardar;  
que yo no he de interpretar  
los mandamientos de Dios.  
DON LOPE. ¡Mi Leonor!  
DOÑA LEONOR. ¡Esposo mío!  
¿Vos tanto tiempo sin yerme?

DON LOPE. Quejoso vive el amor  
de los Instantes que pierde.  
¡Qué castellana que estáis!  
Cesen las lisonjas, cesen  
las repetidas finezas.  
Mirad que los portugueses  
al sentimiento dejamos  
la razón, porque el que quiere,  
todo lo que dice quita  
de valor a lo que siente.  
Si en vos es ciego el amor,  
en mí es mudo.

MANRIQUE. Y desafortunado  
en mí endemoniado ha sido.

DON LOPE. Siempre, Manrique, parece,  
que al paso que yo estoy triste,  
tú estás contento y alegre.

MANRIQUE. Y dime, ¿cuál es mejor,  
en pasiones diferentes,  
la alegría o la tristeza?

DON LOPE. La alegría.

MANRIQUE. Pues ¿qué quieres?  
¿Que deje yo lo mejor  
por lo peor? Tú, que tienes  
la tristeza, que es la mala,  
eres quien mudarte debes,  
y pasarte a la alegría;  
pues será más conveniente,  
que el ir yo de alegre a triste,  
venir tú de triste a alegre. (*Vase.*)

#### Escena IV

DON LOPE, DOÑA LEONOR, DON JUAN.

DOÑA LEONOR. ¿Vos estáis triste, señor?  
Muy poco mi pecho os debe  
o yo le debo muy poco,  
pues vuestro dolor no siente.

DON LOPE. Forzosas obligaciones  
heredadas dignamente  
con la sangre, a quien obligan  
divinas y humanas leyes,  
me dan voces y recuerdan  
desta blanda paz y deste  
olvido, en que yacen hoy  
mis heredados laureles.  
El famoso Sebastián,



DOÑA LEONOR.

nuestro rey, que viva siempre,  
heredero de los siglos  
a la imitación del fénix,  
hoy al Africa hace guerra.  
No hay caballero que quede  
en Portugal; que a las voces  
de la fama nadie duerme.  
Quisiérale acompañar  
a la jornada; y por verme  
casado, no me he ofrecido  
hasta que licencia lleve  
de tu boca, Leonor mía.  
Esta merced has de hacerme,  
en este caso has de honrarme,  
y este gusto he de deberte.  
Bien con esas prevenciones  
fue menester que me hicieseis  
oraciones que me animen,  
y discursos que me alienten.  
Vos ausente, dueño mío,  
y por mi consejo ausente,  
fuera pronunciar yo misma  
la sentencia de mi muerte.  
Idos vos sin que lo diga  
mi lengua; pues que no puede  
negaros la voluntad  
lo que la vida os concede.  
Mas porque veáis que estimo  
vuestra inclinación valiente,  
ya no quiero que el amor  
sino el valor me aconseje.  
Servid hoya Sebastián,  
cuya vida el cielo aumente;  
que es la sangre de los nobles  
patrimonio de los reyes;  
que no quiero que se diga  
que las cobardes mujeres  
quitan el valor a un hombre,  
cuando es razón que le aumenten.  
Esto el alma os aconseja,  
aunque como el alma os quiere;  
mas como ajena lo dice,  
si como propia lo siente. (*Vase.*)

**Escena V**  
DON LOPE, DON JUAN.

DON LOPE. ¿Habéis visto en vuestra vida igual valor?

DON JUAN. Dignamente es bien que lenguas y plumas de la fama la celebren.

DON LOPE. Y vos, ¿qué me aconsejáis?

DON JUAN. Yo, don Lope, de otra suerte os respondiera.

DON LOPE. Decid.

DON JUAN. Quien ya colgó los laureles de Marte, y en blanda paz ciñe de palma las sienes, ¿para qué otra vez, decidme, ha de limpiar los paveses tomados de orín y polvo en que hora yacen y duermen? Yo fuera justo que fuera, a no estar por esta muerte retirado y escondido; y no es razón ofrecerme, porque a los ojos del rey llega mal un delincuente. Si esto me disculpa a mí, bastante disculpa tiene quien soldado fue soldado. No os vais, amigo, y creedme, aunque un hombre os acobarde y una mujer os aliente. (*Vase.*)

### **Escena VI**

DON LOPE. ¡Válgame Dios!, ¡quién pudiera aconsejarse prudente, si en la ocasión hay alguno que a sí mismo se aconseje! ¿Quién hiciera de sí otra mitad, con quien él pudiese descansar? Pero mal digo: ¿quién hiciera cuerdamente de sí mismo otra mitad, porque en partes diferentes, pudiera la voz quejarse sin que el pecho lo supiese? ¡Pudiera sentir el pecho sin que la voz lo dijese! ¡Pudiera yo, sin que yo llegara a oírme ni a verme,

connmigo mismo culparme,  
y connmigo defenderme!  
Porque unas veces cobarde,  
como atrevido otras veces,  
tengo vergüenza de mí.  
¡Que tal diga!, ¡que tal piense!,  
¡que tenga el honor mil ojos  
para ver lo que le pese,  
mil oídos para oírlo,  
y una lengua solamente  
para quejarse de todo!  
Fuera todo lenguas, fuese  
nada oídos, nada ojos,  
porque oprimido de verse  
guardado, no rompa el pecho,  
y como mina viviente.  
Ahora bien, fuerza es quejarme;  
mas no sé por dónde empiece;  
que, como en guerra y en paz  
viví tan honrado siempre,  
para quejarme ofendido,  
no es mucho que no aprendiese  
razones; porque ninguno  
previno lo que no teme.  
¿Osará decir la lengua  
qué tengo?... Lengua, deténte,  
no pronuncies, no articules  
mi afrenta; que si me ofendes,  
podrá ser que castigada,  
con mi vida o con mi muerte,  
siendo ofensor y ofendido,  
yo me agravie y yo me vengue.  
No digas que tengo celos...  
Ya lo dije, ya no puede  
volverse al pecho la voz.  
¿Posible es que tal dijese  
sin que, desde el corazón  
al labio, consuma y queme  
el pecho este aliento, esta  
respiración fácil, este  
veneno infame, de todos  
tan distinto y diferente,  
que otros desde el labio al pecho  
hacer sus efectos suelen,  
y éste desde el pecho al labio?  
¿A qué áspid, a qué serpiente

mató su propio veneno?  
A mi, ¡cielos!, solamente,  
porque quiere mi dolor  
que él me mate y yo le engendre.  
Celos tengo, ya lo dije.  
¡Válgame Dios! ¿Quién es este  
caballero castellano  
que a mis puertas, a mis redes  
y a mis umbrales clavado,  
estatua viva parece?  
En la calle, en la visita,  
en la iglesia atentamente  
es girasol de mi honor,  
bebiendo sus rayos siempre.  
¡Válgame Dios! ¿Qué será  
darme Leonor fácilmente  
licencia para ausentarme,  
y con un semblante alegre,  
no sólo darme licencia,  
sino decirme y hacerme  
discursos tales, que aun ellos  
me obligaran a que fuese,  
cuando yo no lo intentara?  
Y ¿qué será, finalmente,  
decirme don Juan de Silva  
que ni me vaya ni ausente?  
¿En más razón no estuviera  
que aquí mudados viniesen  
de mi amigo y de mi esposa  
consejos y pareceres?  
¿No fuera mejor, si fuera  
que se mudaran las suertes,  
y que don Juan me animase  
y Leonor me detuviese?  
Sí, mejor fuera, mejor.  
Pero ya que el cargo es éste,  
hablemos en el descargo:  
vaya, que el honor no quiere  
por tan sutiles discursos  
condenar injustamente.  
¿No puede ser que Leonor  
tales consejos me diese,  
por ser noble como es,  
varonil, sagaz, prudente,  
porque quedándome yo,  
mi opinión no padeciese?

Bien puede ser pues me dice  
que da en consejo, y lo siente.  
¿No puede ser que don Juan,  
que me quedase dijese  
por parecerle que estaba  
excusado, y parecerle  
que es dar disgusto a Leonor?  
Sí, puede ser. Y ¿no puede  
ser también que este galán  
mire a parte diferente?  
Y apretando más el caso,  
cuando sirva, cuando espere,  
cuando mire, cuando quiera,  
¿en qué me agravia ni ofende?  
Leonor es quien es y yo  
soy quien soy; y nadie puede  
borrar fama tan segura  
ni opinión tan excelente.  
Pero sí puede (¡ay de mi!)  
que al sol claro y limpio siempre,  
si una nube no le eclipsa,  
por lo menos se le atreve,  
si no le mancha, le turba,  
y al fin, al fin le oscurece.  
¿Hay, honor, más sutilezas  
que decirme y proponerme?  
¿Más tormentos que me aflijan,  
más penas que me atormenten,  
más sospechas que me maten,  
más temores que me cerquen,  
más agravios que me ahoguen  
y más celos que me afrenten?  
No. Pues no podrás matarme,  
si mayor poder no tienes;  
que yo sabré proceder  
callado, cuerdo, prudente,  
advertido, cuidadoso,  
solicito y asistente,  
hasta tocar la ocasión  
de mi vida y de mi muerte:  
y en tanto que ésta se llega,  
¡valedme, cielos, valedme! (*Vase.*)

*Calle con puerta de casa de Don Lope.*

## **Escena VII**

SIRENA, *con manto*; MANRIQUE, *tras ella*.

SIRENA.

Escaparme no he podido  
de Manrique, para entrar  
en casa: todo el lugar  
hoy siguiéndome ha venido.  
¿Qué haré?

MANRIQUE.

Tapada de azar,  
que mira, camina y calla,  
con el arte de batalla  
y el tallazo de picar,  
la de entrecano picote,  
que con viento en popa vuelas,  
con el manto de tres suelas  
y chilenas de anascote,  
habla y descúbrete, y sea  
desengaño tu fachada;  
porque callando y tapada,  
dice boba sobre fea.

SIRENA.

Aunque en tu brío, confieso  
que indicio en todo das.

MANRIQUE.

¿No dice más?

SIRENA.

No sé más.

MANRIQUE.

¿Y a cuántas ha dicho eso?

Antes soy muy recatado.  
No he hablado, a fe de quien soy,  
sino cinco en todo hoy;  
que ya estoy muy reformado.

SIRENA.

¡Gracias al cielo que veo  
un hombre firme y constante!  
Yo tampoco soy amante  
de más que nueve.

MANRIQUE.

Sí creo;  
y porque me creas a mí,  
de todas mostrarte quiero  
un favor. Sea el primero (*Sácalos.*)  
el moño que sale aquí.  
Este moño pecador  
su papel un tiempo hizo,  
y de rizado y postizo  
fue mártir y confesor.  
No es de aljófara lo ensartado;  
liendres son con que me alegro,  
que desde ojos mirado,  
parece un penacho negro  
de blancas moscas nevado.

Aquesta sutil varilla  
es barba de la ballena  
sacada de una cotilla,  
que fue entregar a mi pena  
lo mismo que una costilla.  
Vara es de virtudes llena,  
que hace bueno el pecho y buena  
la espalda más eminente;  
que ya todo talle miente  
por la barba de ballena.  
La zapatilla que estás  
mirando ahora en mis manos,  
casa fue, donde sabrás  
que vivieron dos enanos  
sin encontrarse jamás.  
Éste es un guante, y no hay duda  
de que, como rui señor,  
mucho tiempo estuvo en muda;  
pregúntaselo al olor:  
sebo de cabrito suda.  
Esta cinta es de una dama  
de gran porte; pero yo  
no la quiero.

SIRENA.  
MANRIQUE.

¿Por qué no?  
Porque sé que ella me ama.  
¿No es causa bastante?

SIRENA.  
MANRIQUE.

Sí.  
La que yo tengo de amar,  
me ha de mentir, engañar,  
y se ha de burlar de mí,  
dar celos cada momento,  
maltratarme, despedirme,  
y en efecto ha de pedirme,  
que es la cosa que más siento;  
porque si al fin es costumbre  
en ellas, tengo por justo  
hacer desde luego gusto  
lo que ha de ser pesadumbre.

SIRENA.  
MANRIQUE.  
SIRENA.

¿Y es hermosa esa señora?  
No, pero es puerca.  
En verdad  
que es muy buena calidad.

MANRIQUE.

Arrope un ojo la llora,  
y otro aceite.

SIRENA.  
MANRIQUE.

¿Es entendida?  
Cuanto dice entiendo yo;

SIRENA. mas cuanto la dicen, no,  
que es entendida, entendida.  
Por muestra de que es verdad,  
que amarle a su gusto espero,  
este listón sólo quiero.  
MANRIQUE. De muy buena voluntad  
SIRENA. ¡Ay triste de mí!  
MANRIQUE. ¿Qué ha sido?  
SIRENA. Mi marido viene allí;  
váyase presto de aquí,  
que es un diablo mi marido.  
Dé vuelta a la calle presto,  
que en tanto, señor, que él pasa,  
le esperaré en esta casa.  
MANRIQUE. En buen sagrado te has puesto;  
que aquí vivo yo, y vendré  
en estando asegurada. (*Vase.*)  
SIRENA. A un bellaco, una taimada. (*Vase.*)

*Sala en casa de Don Lope.*

### **Escena VIII**

SIRENA. SIRENA.  
SIRENA. Bien dentro de casa entré  
sin que fuese conocida.  
Lindamente le he engañado,  
aunque él más, pues me ha dejado  
tan afrentada y corrida.  
Que dijera que era fea  
no importaba, aunque lo fuese,  
ni importaba que dijese  
que necia y que sucia sea;  
pero ¡aceite un ojo a mí,  
y otro arrope! No, por Dios.  
Y aun si lloraran los dos  
una cosa, entonces sí  
que callara; mas ¿que tope  
un picarón, un taimado,  
que mis ojos han llorado  
uno aceite y otro arrope?

### **Escena IX**

DOÑA LEONOR. DOÑA LEONOR, SIRENA.  
Sirena.



SIRENA. Señora mía.  
DOÑA LEONOR. ¡Cuánto tu ausencia me cuesta!

SIRENA. ¿Hablástele?  
Y la respuesta  
en este papel te envía;  
y de palabra me dijo,  
que si él una vez te hablara,  
él se fuera y te dejara.

DOÑA LEONOR. Con mayor causa me aflijo.

SIRENA. ¿Para qué el papel tomaste?  
DOÑA LEONOR. Para traerte el papel.

(Ap.) ¡Ay, pensamiento cruel,  
qué fácil entrada hallaste  
en mi pecho!

SIRENA. Pues ¿qué importa  
que le tomes y le leas?

DOÑA LEONOR. ¿Eso es bien que de mi creas?  
La voz, Sirena, reporta,  
con abrazarle y romperle.

(Ap.) Entiéndeme, necia, y sea  
rogándome que le vea;  
que estoy muerta por leerle.

SIRENA. ¿Qué culpa tiene el papel  
que viene mandado aquí,  
señora, para que así  
vengues tu cólera en él?

DOÑA LEONOR. Pues si le tomo, verás  
que es sólo para rompelle.

SIRENA. Rómpele después de lêlle.

DOÑA LEONOR. (Ap.) Eso sí, ruégame más.  
Pesadaestás, y por ti  
rompo la nema y le leo,  
por ti sola.

SIRENA. Ya lo veo.

DOÑA LEONOR. Abrele, pues.

SIRENA. Dice así:

(*Abre el papel Doña Leonor, y lee.*)

«Leonor, si yo pudiera obedecerte,  
»y pudiera olvidar, vivir pudiera:  
»fuera contigo liberal, si fuera  
»bastante yo conmigo a no quererte.  
»Mi muerte injusta tu rigor me ad-vierte,  
»si mi vida en amarte persevera,  
»¡pluguiera a Dios! y de una vez muriera  
»quien de tantas no acierta con su muerte,

»¿Que te olvide pretendes? ¿Cómo puedo  
 »despreciado olvidar y aborrecido?  
 »¿No ha de quejarse del dolor el labio?  
 »Quiéreme tú; que si obligado quedo,  
 »yo olvidaré después, favorecido;  
 »que el bien puede olvidarse, no el agravio.»  
 ¿Lloras, leyendo el papel?  
 Son, en fin, pasadas glorias.  
 Lloro unas tristes memorias  
 que vienen vivas en él.  
 Quien bien quiere, tarde olvida.  
 Como el que muerte me dio  
 está presente, brotó  
 reciente sangre la herida.  
 Este hombre ha de obligarme,  
 con seguirme y ofenderme,  
 a matarme y a perderme  
 (que aun fuera menos matarme),  
 si no se ausenta de aquí.  
 Pues tú lo puedes hacer.  
 ¿Cómo?  
 Oyéndole, que él dice  
 que en oyéndole una vez,  
 se ausentará de Lisboa.  
 ¿Cómo, Sirena, podré?  
 Que a truco de que se vaya,  
 imposibles sabré hacer.  
 ¿Cómo vendrá?  
 Escucha atenta:  
 Ahora es el anochecer,  
 que es la hora más segura,  
 porque ni temprano es  
 para que a un hombre conozcan,  
 ni tarde para temer  
 que la vecindad lo note.  
 De mi señor, ya tú ves  
 que nunca viene a esta hora.  
 Don Luis, no dudo que esté  
 en la calle; podrá entrar  
 a esta sala, donde habléis  
 los dos, y entonces podrás  
 decirle tu parecer.  
 Óyele lo que dijere,  
 y obre fortuna después.  
 Tan fácilmente lo dices,  
 que no le dejas que hacer

al temor, ni aun al honor  
que dudar ni que temer.  
Ve ya por don Luis. (*Vase Sirena.*)

**Escena X**

DOÑA LEONOR.

Amor,  
aunque en la ocasión esté,  
soy quien soy, vencerme puedo.  
No es liviandad, honra es  
la que a esta ocasión me puso;  
ella me ha de defender;  
que cuando ella me faltara,  
quedara yo, que también  
supiera darme la muerte,  
si no supiera vencer.  
Temblando estoy; cada paso  
que siento, pienso que es  
don Lope, y el viento mismo  
se me figura que es él.  
¿Si me escucha? ¿Si me oye?  
¡Qué propio del miedo fue!  
¡Que a tales riesgos se ponga  
una principal mujer!

**Escena XI**

SIRENA y DON LUIS, -DOÑA LEONOR.

SIRENA.

Ésta es Leonor.

DONLUIS.

¡Ay de mí!

¡Cuántas veces esperé  
esta ocasión! Ya quisiera  
no haberla llegado a ver.

DOÑA LEONOR.

Ya, señor don Luis, estáis  
en mi casa, ya tenéis  
la ocasión que habéis deseado.

Hablad aprisa, porque  
os volváis; que temerosa  
de mí misma, tengo al pie  
grillos de hielo, y el alma  
de mi aliento puede hacer  
al corazón un cuchillo  
y a la garganta un cordel.

DON LUIS.

Ya sabéis, Leonor hermosa,  
(si es que olvidado no habéis  
pasados gustos, y ya  
ignoráis lo que sabéis)  
que en Toledo, nuestra patria,

(perdonadme) os quise bien,  
desde que en la Vega os vi  
un día al amanecer,  
que aumentando nuevas flores  
al campo hermoso, tal vez  
lo que las manos robaron,  
restituyeron los pies.

DOÑA LEONOR.

Ya sabéis...  
Esperad, yo  
seré más breve. Ya sé  
que muchos días rondasteis  
mi calle, y a mi desdén  
constante siempre tuvisteis  
amor firme y firme fe,  
hasta que os favorecí.  
¿Qué no han llegado a vencer  
lágrimas de amor, que lloran  
los hombres que quieren bien?  
Y favorecido ya,  
siendo tercera fiel  
la noche (¡qué no consiguen  
una reja y un papel?),  
tratábamos de casarnos,  
cuando os hicieron merced  
de una jineta, y fue fuerza  
iros a servir al rey.  
Fuisteis a Flandes...

DONLUIS.

Sí fui  
(que queso ya lo diré),  
donde dimos un asalto,  
y murió valiente en él  
un don Juan de Benavides,  
caballero aragonés.  
La equivocación del nombre  
dio causa para entender  
que fuese yo el muerto: ¡ Cuánto  
una mentira se crê!

DOÑA LEONOR.

Llegó la nueva a Toledo...  
Eso diré yo más bien,  
que sin vida la sentí,  
y con la vida lloré;  
pero callo aquí, aunque aquí  
os pudiera encarecer  
los sentimientos que hice,  
las tristezas que pasé.  
En efecto, persuasiones

de muchos pudieron ser  
bastantes a que en Toledo  
me casare por poder.  
Yo lo supe en el camino,  
y pensando deshacer  
el casamiento, corrí  
hasta que os vi y os hablé,  
con equívocas razones,  
en traje de mercader.

DON LUIS.

DOÑA LEONOR.

DON LUIS .

SIRENA.

DOÑA LEONOR.

SIRENA.

Estaba casada ya;  
y pues os desengañé,  
¿a qué habéis venido aquí?  
Sólo he venido por ver  
si hay ocasión de quejarme;  
que si culpando tu fe  
descanso, iré luego a Flandes,  
donde una bala me dé,  
porque la pólvora cumpla  
lo que me ofreció otra vez.  
Gente sube la escalera.  
¡Ay cielos! ¿Qué puedo hacer?  
Oscura está aquesta sala;  
que aquí te quedes es bien,  
porque a ti sólo te hallen;  
y habiendo entrado quien es,  
podrás irte, no a Castilla;  
que ocasión habrá después  
para acabar de quejarte.  
Yo voy contigo también. (*Vanse las dos.*)

### Escena XII

DON LUIS.

¿Qué confusión es ésta,  
que a mi desdicha iguala?  
Oscura está la sala,  
y la noche funesta,  
ya de sombra cubierta,  
baja. No sé la casa ni la puerta;  
que otra vez no he llegado  
aquí. ¡Forzosa pena!  
Temerosa Sirena  
y Leonor, me han dejado  
confuso y sin sentido.

### Escena XIII

DON JUAN, *que andando a oscuras, se encuentra con* -DON LUIS.

DON JUAN.                   ¿A estas horas, no hubieran encendido  
una luz? -Mas ¿qué es esto?  
¿Quién es? ¿No me responde?  
DON LUIS.                   *(Ap.)* ¡Halle puerta por donde  
salir!  
DON JUAN.                   Responda presto,  
o ya desenvainada,  
lengua de acero, lo dirá mi espada.

*(Al entrarse don Luis por la puerta que va al cuarto de doña Leonor,  
alcanzado por  
don Juan, saca la espada y la cruza con él, retirándose luego.)*

#### Escena XIV

DON LOPE y MANRIQUE. -DON JUAN.

DON LOPE.                   ¡Ruido de cuchilladas,  
y oscuro el aposento!  
DON JUAN.                   Aquí los pasos siento.  
MANRIQUE.                  Voy por luz. *(Vase.)*  
DON LOPE.                   ¡Aquí espadas!  
Ya es fuerza que me asombre.  
DON JUAN.                   Ya le he dicho otra vez que diga el  
nombre.  
DON LOPE.                   ¿Quién mi nombre pregunta?  
DON JUAN.                   Quien, porque habléis, sospecho  
que abrirá en vuestro pecho  
mil bocas con la punta  
de este acero.

#### Escena XV

DOÑA LEONOR, SIRENA y MANRIQUE. -DON LOPE,  
DON JUAN.

DOÑA LEONOR.              *(Dentro.)* ¡Luz, presto! *( Salen Doña Leonor y  
Sirena, y Manrique con luz.)*  
  
DON LOPE.                   ¡Don Juan!  
DON JUAN.                   ¡Don Lope!  
DOÑA LEONOR.              ¡Ay cielos!  
DON LOPE.                   Pues ¿qué es esto?  
DON JUAN.                   En esta cuadra entraba,  
cuando un hombre salía.  
  
DOÑA LEONOR.              Algún hombre sería que robarla intentaba.  
DON LOPE.                   ¡Hombre!

DON JUAN. Sí, y preguntando  
quién era, la respuesta dio callando.

DON LOPE. (*Ap.* Disimular conviene,  
no crea que yo puedo  
tener tan bajo miedo,  
que mi valor condene.)  
¡Bueno fuera, a fe mía,  
mataros! Yo era el mismo que salía;  
que (tan desconocida  
la voz) viendo que un hombre  
me preguntaba el nombre  
en mi casa, ofendida  
la paciencia y turbada,  
callando doy respuesta  
con la espada.

SIRENA. ¡Por cuánto aquí se viera  
un infeliz suceso!

DON JUAN. ¿Cómo puede ser eso,  
si el que yo digo que era  
dentro está, cosa es cierta,  
que no pudo salir por esa puerta,  
que vos entrasteis?

DON LOPE. Digo  
que era yo.

DON JUAN. Es cosa extraña.

DON LOPE. (*Ap.* ¡Oh cuánto a un hombre daña  
un ignorante amigo!  
¡Que no puedan los cuerdos, los más sabios,  
celar de un necio amigo los agravios!)  
Pues si por cosa cierta  
tenéis que dentro ha entrado,  
fuerte y determinado  
guardadme aquella puerta,  
en tanto, si eso pasa,  
que yo examino toda aquesta casa.

DON JUAN. Pues no saldrá por ella.  
Mirar seguro puedes.

DON LOPE. Mira que en ella quedas,  
y no te apartes della. (*Vase Don Juan.*)  
(*Ap.* Hoy seré cuerdamente,  
si es que ofendido soy, el más prudente,  
y en la venganza mía  
tendrá ejemplos el mundo,  
porque en callar la fundo.)  
Ea, Manrique, guía  
con esa luz.

MANRIQUE. No oso,  
que yo de duendes soy poco goloso.  
( *Quiere Don Lope entrar en un aposento, y detiéndole Doña Leonor.* )

DOÑA LEONOR. No entréis, señor, aquí: yo soy testigo  
que aseguraros este cuarto puedo.  
DON LOPE. ( *A Manrique.* ) Pues ¿de qué tienes miedo?  
MANRIQUE. De todo.  
DON LOPE. ( *A Doña Leonor.* ) Suelta, digo.-  
( *A Manrique.* ) Y tú vete de aquí...  
( *Ap. Que antes es dicha*  
que falte otro testigo a mi desdicha.)  
( *Toma la luz y entra, y Manrique se vapor otra*  
*puerta.* )

#### Escena XVI

DOÑA LEONOR, SIRENA.  
DOÑA LEONOR. ¡Ay, Sirena! ¿Qué suerte  
es ésta tan airada?  
Estoy, desesperada,  
por darme aquí la muerte;  
pues ya es fuerza que tope  
a don Luis escondido, ¡ay Dios!,  
don Lope.  
Él pensó que salía  
por la puerta que entraba  
a mi cuarto: allí estaba.  
¿Mas por qué mi porfía  
duda lo que ha pasado?  
Ya le ha visto don Lope, ya le ha  
hablado.  
¿Qué haré?irme no puedo;  
porque en desdichas tantas,  
oprimidas las plantas,  
cadenas pone el miedo  
de cobardes prisiones.  
Toda soy confusión de confusiones.

#### Escena XVII

DON LUIS, *que sale con la espada desnuda y embozado, y tras él* DON

LOPE, *con la espada desnuda y luz.*

DOÑA LEONOR, SIRENA.



DON LOPE.  
DON LUIS.

No os encubráis, caballero.  
Detened, señor, la espada;  
que en la sangre de un rendido  
más que se ilustra se mancha.  
Yo soy de Castilla, donde  
por los celos de una dama,  
dí a un caballero la muerte  
cuerpo a cuerpo en la campaña.  
Vine a ampararme a Lisboa,  
donde estoy por esta causa  
de Castilla desterrado.  
He sabido esta mañana  
que aquí un hermano del muerto  
cautelosamente anda  
encubierto, por vengarse  
con traición y con ventaja.  
Con este cuidado, pues,  
por esta calle pasaba,  
cuando tres hombres me embisten  
a las puertas desta casa.  
Viendo que (aunque el corazón  
algunas veces engaña)  
era imposible defensa  
contra tres de mano armada,  
subíme por la escalera;  
y ellos, o por ver que estaba  
en sagrado, o por no hacer  
tan dudosa la venganza,  
no me siguieron, y estuve  
en esa primera sala  
esperando a que se fuesen,  
y sintiendo sosegada  
la calle, bajarme quise;  
pero al salir de la cuadra,  
hallé un hombre que me dijo:  
«¿Quién va?» Yo, que imaginaba  
que eran mis propios contrarios,  
no le respondo palabra.  
De una sala en otra, entré  
hasta aquí. Ésta es la causa  
de haberme hallado, señor,  
escondido en vuestra casa.  
Ahora dadme la muerte;  
que como yo dicho haya  
la verdad, y no padezca  
alguna virtud sin causa,

DON LOPE.

moriré alegre, rindiendo  
el ser, la vida y el alma  
a un honrado sentimiento,  
y no a una infame venganza.  
(Ap. ¿Pueden juntarse en un hombre  
confusiones más extrañas?  
¿Tantos asombros y miedos,  
penas y desdichas tantas?  
Si en la calle este hombre, ¡cielos!,  
tantos pesares me daba,  
¿qué vendrá a darme escondido  
dentro de mi misma casa?  
Basta, basta, pensamiento;  
sufrimiento, basta, basta,  
que verdad puede ser todo;  
y cuando no, aquí no hay causa  
para mayores extremos:  
sufre, disimula y calla.)  
Caballero castellano,  
yo me alegro de que haya  
sido contra una traición  
sagrado vuestro mi casa.  
En ella, a ser hoy soltero,  
os sirviera y hospedara:  
porque un caballero debe  
amparar nobles desgracias.  
Lo que podré hacer por vos,  
será acudiros en cuantas  
ocasiones se os ofrezcan,  
porque a ese lado mi espada,  
contra tres mil, no os suceda  
otra vez volver la espalda.  
Y ahora, por que salgáis  
más secreto de mi casa,  
podréis salir del jardín  
por aquella puerta falsa...  
Yo la abriré . . . y también hago  
prevención tan recatada,  
porque criados, que al fin  
son enemigos de casa,  
no cuenten que os hallé en ella,  
y sea fuerza que vaya  
a todos satisfaciendo  
de cuál ha sido la causa.  
Porque aunque es cierto que nadie  
dude una verdad tan clara,

y yo de mi mismo tengo  
la satisfacción que basta,  
¿quién de una malicia huye?  
¿quién de una sospecha escapa?,  
¿quién de una lengua se libra?,  
¿quién de una intención se guarda?  
Y si llegara a creer...,  
¿qué es a creer?, si llegara  
a imaginar, a pensar  
que alguien pudo poner mancha  
en mi honor. . . , ¿qué es mi honor?,  
en mi opinión y en mi fama,  
y en la voz tan solamente  
de una criada, una esclava,  
no tuviera, ¡vive Dios!,  
vida que no le quitara,  
sangre que no le vertiera,  
almas que no le sacara;  
y éstas rompiera después,  
a ser visibles las almas.  
Venid, iréos alumbrando  
hasta que salgáis.  
(Ap.) Helada tengo la voz en el pecho.  
¡Qué portuguesa arrogancia!  
(*Vanse los dos.*)

DON LUIS.

### Escena XVIII

DOÑA LEONOR, SIRENA; *después* DON LOPE.

DOÑA LEONOR. Aún mejor ha sucedido,  
Sirena, que yo esperaba.  
Sola una vez sino el mal  
menor que el que se esperaba.  
Ya puedo hablar, y ya puedo  
mover las heladas plantas.  
¡Ay, Sirena, en qué me vi!  
Vuelva a respirar el alma.  
(*Vuelve Don Lope.*)

DON LOPE.

DOÑA LEONOR.

Leonor.  
Señor, pues ¿qué intentas?  
¿Ya no supiste la causa  
con que él entró? Ya supiste  
que yo no he sido culpada.  
DON LOPE. ¿Tal pudiera imaginar  
quien te estima y quien te ama?

DOÑA LEONOR. No, Leonor, sólo te digo  
 que ya aquí se declara  
 con nosotros...  
 ¿Ya él no dijo  
 que aquí de Castilla estaba  
 ausente por una muerte?  
 DON LOPE. Pues yo, señor, no sé nada.  
 No te disculpes, Leonor.  
 Mira. . . , mira que me matas.  
 Tú, Leonor pues ¿de qué habías  
 de saberlo? Pero basta  
 que él se fie de nosotros,  
 para que de aquí no salga.  
 Y tú, Sirena, no digas  
 lo que entre los tres nos pasa  
 a ninguno, ni a don Juan.

### Escena XIX

DONJUAN. -DICHOS.  
 (Ap.) Tanto don Lope se tarda,  
 que me ha dado algún cuidado.  
 DON LOPE. ¡Por Dios, don Juan, linda gracia  
 es hacerme andar así  
 mirando toda la casa,  
 siendo cierto que fui yo!  
 Tomad otro poco el hacha,  
 Y andadla vos.  
 DONJUAN. ¿Para qué,  
 si ya aquí me desengaña  
 el saber que fuisteis vos?  
 Ya conozco mi ignorancia.  
 DON LOPE. Con todo tenemos los dos  
 segunda vez de mirarla.  
 DOÑA LEONOR. (Ap.) ¡Qué prudencia tan notable!  
 DON JUAN. (Ap.) ¡Qué valor y qué arrogancia!  
 SIRENA. (Ap.) ¡Qué temor!  
 DON LOPE. (Ap.) Desta manera,  
 el que de vengarse trata,  
 hasta mejor ocasión,  
 sufre, disimula y calla.

### Jornada tercera

*Atrio de un palacio del rey en Lisboa.*

Escena primera

DON JUAN. DON JUAN, MANRIQUE.  
MANRIQUE. ¿Dónde está don Lope?  
Cuando  
entró en palacio, yo aquí  
me quedé.  
DON JUAN. Búscale, y di  
que yo le estoy esperando.  
(*Vase Manrique.*)

### **Escena II**

DON JUAN. Quedaréme imaginando  
a solas, sin mí y conmigo,  
el dudoso fin que sigo,  
y la obligación que tiene  
quien a hacer discursos viene  
en la opinión de un amigo.  
Yo de don Lope lo soy  
tanto, que no ha celebrado  
amigo más obligado  
la antigüedad hasta hoy.  
Huésped en su casa estoy,  
su hacienda gasto, y es mía,  
su vida y su alma me fia:  
pues ¿cómo, ¡cielos!, podré  
ser ingrato a tanta fe,  
amistad y cortesía?  
¿Podré yo ver y callar  
que su limpio honor padezca,  
sin que mi vida le ofrezca  
para ayudarle a vengar?  
¿Podré yo ver murmurar  
que este castellano adore  
a Leonor, que la enamore,  
y le dé lugar Leonor,  
y padeciendo su honor,  
yo lo sepa y él lo ignore?  
No podré; pues si él quedara  
satisfecho, siendo mía  
la venganza, en este día  
al castellano matara.  
A él sin él yo le vengara,  
prudente, advertido y sabio;  
mas de la intención del labio  
satisfacción no se alcanza,  
si el brazo de la venganza

no es del cuerpo del agravio.  
Yo a don Lope le diré  
clara y descubiertamente  
que no hable al rey ni se ausente.  
Mas si me dice por qué,  
¿cómo le responderé  
la causa? Duda mayor  
es ésta; que al que el valor  
eterno honor le previene,  
quien dice que no le tiene  
es quien le quita el honor.  
¿Qué debe hacer un amigo  
en tal caso, pues entiendo  
que si le callo, le ofendo  
y le ofendo si lo digo,  
oféndole si castigo  
su agravio? Yo fui su espejo:  
¿por qué bien no le aconsejo? -  
Mas él mismo viene allí.  
No ha de quejarse de mí.  
Él me ha de dar consejo.

### Escena III

DON LOPE, MANRIQUE. -DON JUAN.

DON LOPE.

Vuélvete, Manrique, y di  
que luego a la quinta voy;  
que esperando a hablar estoy  
al rey.

MANRIQUE.

Don Juan está allí,  
y viene a hablarte. (*Vase.*)

DON LOPE.

(*Ap.* ¡Ay de mí!  
¿Qué puede haber sucedido?  
¿A qué puede haber venido?)  
Don Juan, pues ¿qué hay por acá? -  
(*Ap.* ¡Oh, cómo un cobarde está  
siempre a su temor rendido!)

DON JUAN.

Don Lope, amigo, yo vengo  
(si estamos solos los dos)  
a aconsejarme con vos  
en una duda que tengo.

DON LOPE.

(*Ap.* Ya para oír me prevengo  
alguna desdicha mía.)

DON JUAN.

Decid.  
Un caso me envía  
un amigo a preguntar,  
y quiérole consultar

DON LOPE.  
DON JUAN.

con vos.  
¿Y es?  
Jugando un día  
dos hidalgos, se ofreció  
una duda, en caso tal  
forzosa, sobre la cual  
uno a otro desmintió.  
Con las voces, no lo oyó  
entonces el desmentido;  
un amigo lo ha sabido,  
y que se murmura dél;  
y por serlo tan fiel,  
esta duda se ha ofrecido:  
¿si éste tendrá obligación  
de decirlo claramente  
al otro, que está inocente;  
o si dejar es razón  
que padezca su opinión,  
pues él no basta a vengalle?  
Si lo calla es agravialle,  
y si lo dice es error  
de amigo. ¿Cuál es mejor,  
que lo diga, o que lo calle?  
Dejadme pensar un poco.  
(Ap. Honor, mucho te adelantas;  
que una duda sobre tantas  
basta a volverme loco.  
En otro sujeto toco  
lo que ha pasado por mí.  
Don Juan pregunta por sí:  
luego alguna cosa vio.  
¿Haré que la diga?, no;  
pero que la calle, sí.)  
Don Juan, yo he considerado,  
si es que mi voto he de dar,  
que no puede un hombre estar  
ignorante y agraviado.  
Aquel que ha disimulado  
su ofensa por no vengalla,  
es quien culpado se halla;  
porque en un caso tan grave,  
no yerra el que no lo sabe,  
sino el que lo sabe y calla.  
Y yo de mí sé decir  
que si un amigo cual vos  
(siendo quien somos los dos)

DON LOPE.

DON JUAN.

tal me llegara a decir,  
tal pudiera presumir  
de mí, tal imaginara,  
que el primero en quien vengara  
mi desdicha, fuera en él;  
porque es cosa muy cruel  
para dicha cara a cara,  
y no sé que en tal rigor  
haya razón que no asombre  
y que se le pueda a un hombre  
decir: «No tenéis honor.»  
¡Darme el amigo mayor  
el mayor pesar!- Testigo  
es Dios (otra vez lo digo),  
que si yo me lo dijera,  
a mí la muerte me diera,  
y soy mi mayor amigo.  
Ya quedo ahora de vos  
enseñado. Eso diré,  
y a este amigo avisaré  
que calle. Quedad con Dios. (*Vase.*)

#### Escena IV

DON LOPE.

¿Quién duda que entre los dos  
pasa el caso que ponía  
en tercero, y que sabía  
que Leonor matarme intenta?  
Pues el que supo mi afrenta,  
sabrà la venganza mía.  
Y el mundo la ha de saber.  
Basta, honor; no hay que esperar;  
que quien llega a sospechar,  
no ha de llegar a creer,  
ni esperar a suceder  
el mal; y pues su mudanza  
logra tan baja esperanza,  
volveré donde contemplo  
que dé su traición ejemplo,  
y escarmiento mi venganza.

#### Escena V

EL REY, ACOMPAÑAMIENTO. -DON LOPE.

REY.

Aunque en la quinta, que *del Rey* la llama  
el vulgo en la quinta, que  
el vulgo, aquesta noche duerma, digo



que no me he de quedar hoy en Lisboa.  
 Está la gente toda prevenida,  
 que desde allí saldrá la más lucida  
 a competir con plumas y colores  
 del Sol los rayos, del abril las flores.

DON LOPE. *(Ap. Cobarde al rey me llevo;  
 que esta pena, esta rabia y este fuego  
 tan cobarde me tiene, que sospecho,  
 con vergüenza, dolor y cobardía,  
 que todos saben la desdicha mía.)*  
 Dame tus pies; será feliz mi boca,  
 si con su aliento esas esferas toca.

REY. ¡Ah don Lope de Almeida! Si tuviera  
 en Africa esa espada, yo venciera  
 la morisca arrogante bazaría.

DON LOPE. Pues ¿pudiera quedar la espada mía  
 en la paz, en la que se os muestra,  
 cuando vos, gran señor, sacáis la vuestra?  
 Con vos voy a morir, ¿Qué causa hubiera  
 que en Portugal, señor, me detuviera  
 en aquesta ocasión?

REY. ¿No estáis casado?

DON LOPE. Sí, señor; mas no el serlo me ha estorbado  
 el ser quien soy; porque antes hoy me llama  
 tener mayor honor a mayor fama.

REY. ¿Cómo, recién casada,  
 quedará como vuestra esposa?

DON LOPE. Muy honrada  
 en ver que os ha ofrecido  
 a esta empresa un soldado en su marido;  
 que es noble, es varonil, y más sintiera  
 que a vuestro lado, gran señor, no fuera;  
 pues si antes por mi fama os acudía,  
 ahora por la suya y por la mía.  
 Y no es inconveniente a mi deseo  
 el ausentarme della.

REY. Así lo creo;  
 que yo lo dije porque no era justo  
 descasaros tan presto, y desto gusto;  
 que en vuestra casa, aunque la empresa es alta  
 podréis hacer, don Lope, mayor falta.  
*(Vase el Rey y el acompañamiento.)*

## Escena VI

DON LOPE.

¡Válgame el cielo, ¿qué es esto  
por que pasan mis sentidos?  
Alma, ¿qué habéis escuchado?  
Ojos, ¿qué es lo que habéis visto?  
¿Tan pública es ya mi afrenta,  
que ha llegado a los oídos  
del rey? ¿Qué mucho, si es fuerza  
ser los postreros los míos?  
¿Hay hombre más infelice?  
¿No fuera mejor castigo,  
¡cielos!, desatar un rayo,  
que con mortal precipicio  
me abrasara, viendo antes  
el incendio que el aviso,  
que la palabra del rey,  
que grave y severo dijo  
que yo haré falta en mi casa?  
Pero ¿qué rayo más vivo,  
si fénix de las desdichas,  
fui ceniza de mí mismo?  
Cayeran sobre mis hombros  
esos montes y obeliscos  
de piedra, fueran sepulcros  
que me sepultaran vivo.  
Menos peso fueran, menos,  
que esta afrenta en que he caído,  
a cuya gran pesadumbre  
ya desmayado me rindo.  
¡Ay, honor, mucho me debes!  
Júntate a cuentas conmigo.  
¿Qué quejas tienes de mí?  
¿En qué, dime, te he ofendido?  
Al heredado valor,  
¿no he juntado el adquirido,  
haciendo la vida en mí  
desprecio al mayor peligro?  
¿Yo, por no ponerte a riesgo,  
toda mi vida no he sido  
con el humilde, cortés,  
con el caballero, amigo,  
con el pobre, liberal,  
con el soldado, bienquisto?  
Casado, ¡ay de mí!, casado,  
¿en qué he faltado?, ¿en qué he sido  
culpado? ¿No hice elección  
de noble sangre, de antiguo

valor? Y ahora a mi esposa,  
¿no la quiero?, ¿no la estimo?  
Pues si yo en nada he faltado,  
si en mis costumbres no ha habido  
acciones que te ocasionen,  
con ignorancia o con vicio,  
¿por qué me afrentas?, ¿por qué?  
¿En qué tribunal se ha visto  
condenar al inocente?  
¿Sentencias hay sin delito?  
¿Informaciones sin cargo?  
Y sin culpas, ¿hay castigo?  
¡Oh locas leyes del mundo!  
¡Que un hombre, que por sí hizo  
cuanto pudo para honrado,  
no sepa si está ofendido!  
¡Que de ajena causa ahora  
venga el efecto a ser mío  
para el mal, no para el bien,  
pues nunca el mundo ha tenido  
por las virtudes de aquél  
a éste en más! Pues ¿por qué (digo  
otra vez) han de tener  
a éste en menos, por los vicios  
de aquella que fácilmente  
rindió alcázar tan altivo  
a las fáciles lisonjas  
de su liviano apetito?  
¿Quién puso el honor en vaso  
que es tan frágil? ¿Y quién hizo  
experiencias en redoma,  
no habiendo experiencia en vidrio?  
Pero acortemos discursos;  
porque será un ofendido  
culpar las costumbres necias,  
proceder en infinito.  
Yo no basto a reducirlas  
(con tal condición nacimos),  
yo vivo para vengarlas,  
no para enmendarlas vivo.  
Iré con el rey, y luego  
volviéndome del camino  
(que ocasión habrá), también  
la tendré para el castigo.  
La más pública venganza  
será que el mundo haya visto.

Sabr  el rey, sabr  don Juan,  
sabr  el mundo, y aun los siglos  
futuros,  cielos!, quién es  
un portugués ofendido. (*Vase.*)

*Orillas del mar.*

### **Escena VII**

*Oyese ruido de cuchilladas, y sale DON JUAN, ri endo con unos*

DON JUAN. SOLDADOS; *después*, DON LOPE.  
Cobardes, el satisfecho  
soy yo, que no el desmentido.

UN SOLDADO. Huye, que es rayo su espada.  
(*Entranse Don Juan y sus contrarios.*)

DON LOPE. (*Dentro.*)  No es don Juan aquel que mir ? A  
vuestro lado me hall is. (*Sale.*)

OTRO. (*Dentro.*)  Muerto soy!

DON JUAN. (*Volviendo.*) Si est is conmigo,  
poco fuera el mundo.

DON LOPE. Ya huyeron. Decid qué ha sido,  
si la ocasión que tenéis  
no nos obliga a seguirlos.

DON JUAN.  Ay don Lope, muerto estoy!  
Hoy nuevamente recibo  
la afrenta, que en la venganza  
pens  que estaba en su olvido.  
Mas,  ay de mí!, ha sido engaño,  
porque bastante no ha sido  
la venganza a sepultar  
un agravio recibido.  
Cuando me apart  de vos,  
llegué hasta este propio sitio  
que bate el mar, con el fin  
que vos propio habéis venido,  
que es de volver a la quinta  
adonde habéis reducido  
vuestra casa, previniendo  
vuestra ausencia. Divertido  
llegué, pues, y en esta parte  
estaban en un corrillo  
unos hombres, y al pasar  
el uno a los otros dijo:  
«Aqueste es don Juan de Silva.»  
Yo, oyendo mi nombre mismo,

que es lo que se oye más fácil,  
apliqué entrambos oídos.

Otro preguntó: -¿Y quién es  
este don Juan? -¿No has oído  
(le respondió) su suceso?  
Pues éste fue desmentido  
de Manuel de Sosa. Yo,  
que ya no pude sufrirlo,  
saco la espada, y a un tiempo  
tales razones le digo:

«Yo soy aquel que maté  
a don Manuel, mi enemigo,  
tan presto, que de mi agravio  
la última razón no dijo.

Yo soy el *desagraviado*,  
que no soy el *desmentido*;  
pues con su sangre quedó  
lavado mi honroy limpio.»

Dije, y cerrando con todos,  
siguiéndolos he venido  
hasta aquí porque me huyeron  
luego; que es usado estilo  
ser cobarde el maldiciente;  
y así ninguno se ha visto  
valiente, que todos hacen  
a las espaldas su oficio.

Ésta es mi pena, don Lope,  
y, ¡vive Dios!, que atrevido,  
que loco y desesperado,  
de aquí no me precipito  
al mar, o con esta espada  
mi propia vida me quito,  
por que me mate el dolor.

«¡Éste es aquel desmentido»,  
dijo, «no aquel satisfecho!»

¿Quién en el mundo previno  
su desdicha? ¿No hizo harto  
aquel que la satisfizo?

¿Aquel que puso su vida  
desesperado al peligro,  
por quedar muerto y honrado  
antes que afrentado y vivo?

Mas no es así; que mil veces,  
por vengarse uno atrevido,  
por satisfacerse honrado  
publicó su agravio mismo,

porque dijo la venganza  
lo que la ofensa no dijo. (*Vase.*)

### **Escena VIII**

DON LOPE.

«Porque dijo la venganza  
lo que la ofensa no dijo».  
Luego si me vengo yo  
de aquella que me ofendió,  
la publico: claro está  
que la venganza dirá  
lo que la desdicha no.  
Y después de haber vengado  
mis ofensas atrevido,  
el vulgo dirá engañado:  
«Éste es aquel ofendido»,  
y no «aquel desagraviado».  
Y cuando la mano mía  
se bañe en sangre este día,  
ella mi agravio dirá,  
pues la venganza sabrá  
quien la ofensa no sabía.  
Pues ya no quiero buscalla  
(¡ay cielos!) públicamente,  
sino encubrilla y celalla;  
que un ofendido prudente  
sufre, disimula y calla.  
Que del secreto colijo  
más honra, más alabanza:  
callando mi intento rijo,  
porque dijo la venganza  
lo que el agravio no dijo.  
Pues de don Juan, que atrevido  
su honor ha restituido,  
no dijo el otro soldado:  
«Éste es el desagraviado»,  
sino «éste es el desmentido».  
Pues tal mi venganza sea,  
obrando discreto y sabio,  
que apenas el sol la vea,  
porque el que creyó mi agravio,  
me bastará que la crea.  
Y hasta que pueda logralla  
con más secreta ocasión,  
ofendido corazón,  
sufre, disimula y calla.  
¡ Barquero!

### Escena IX

UN BARQUERO . -DON LOPE.

BARQUERO. Señor.  
DON LOPE. ¿No tienes un barco aprestado?  
BARQUERO. Sí,  
no faltará para ti,  
aunque en una ocasión vienes,  
que siguiendo a Sebastián,  
nuestro rey, que el cielo guardé,  
hasta su quinta esta tarde  
los barcos vienen y van.  
DON LOPE. Pues prevénle, porque tengo  
de ir hasta mi quinta yo.  
BARQUERO. ¿Ha de ser luego?  
DON LOPE. Pues ¿no?  
BARQUERO. Al momento le prevengo. (*Vase.*)

### Escena X

DON LUIS, *que sale leyendo un papel* –  
DON LOPE. DON LUIS. (*Para sí.*) Otra vez quiero leer  
letras de mi vida jueces;  
porque ya es placer dos veces  
el repetido placer.  
(*Lee.*)  
«Esta noche va el rey a la quinta: entre la gente  
podéis venir disimulado, donde habrá ocasión para  
que acabemos, vos de quejaros, y yo de  
disculparme. Dios os guarde. -Leonor.»  
¡Que no haya un barco en que pueda  
pasar! ¡Oh suerte importuna!  
¡Plegue a Dios que la fortuna  
nunca un gusto me conceda!  
DON LOPE. (*Ap.*) Leyendo viene un papel  
quien mi venganza previene.  
¿Y quién dudará que viene  
leyendo mi afrenta en él?  
¡Qué cobarde es el honor!  
Nada escucho, nada veo que ser mi pena no creo.  
DON LUIS. (*Ap.*) Don Lope es éste.  
DON LOPE. (*Ap.*) Rigor,  
disimulemos, y dando  
rienda a toda la pasión,  
esperemos ocasión  
sufriendo y disimulando;

y pues la serpiente halaga  
con pecho de ofensas lleno,  
yo, hasta verter mi veneno,  
es bien que lo mismo haga.)  
En muy poco, caballero,  
mi ofrecimiento estimáis,  
pues que nada me mandáis,  
cuando serviros espero.  
Yo quedé tan obligado  
de vuestra gran cortesía,  
discreción y valentía,  
que en Lisboa os he buscado  
para que a vuestro valor  
servir mi espada pudiera,  
cuando otra vez pretendiera  
vengarse el competidor,  
que aquí os busca aventajado,  
y tanto, que desta suerte  
pretende daros la muerte  
cuando estéis más descuidado.  
Yo, señor don Lope, estimo  
merced que pagar espero;  
mas hoy, como forastero,  
a pedir no me animo  
que en esta ocasión me honréis,  
por no empeñaros, señor,  
con ese competidor  
de quien vos me defendéis:  
fuera de que ya los dos  
que estamos amigos creo;  
pues ya le hablo y le veo  
del modo que estoy con vos.  
Créolo; pero mirad  
vuestro riesgo con cuidado;  
que amistad de hombre agraviado  
no es muy segura amistad.  
Yo, al contrario, siento y digo  
cuando su amistad procuro,  
¿de quién no estaré seguro,  
si lo estoy de mi enemigo?  
Aunque argüiros podía  
con razón o sin razón,  
seguid vos vuestra opinión,  
que yo seguiré la mía.  
Y decidme, ¿qué buscáis  
por aquí?

DON LUIS.

DON LOPE.

DON LUIS.

DON LOPE.



DON LUIS. Un barco quisiera;  
en que hasta la quinta fuera  
del rey.

DON LOPE. A tiempo llegáis:  
que os podré servir creed,  
que ya le tengo fletado.

DON LUIS. Ocasión la gente ha dado  
a recibir tal merced,  
que siendo tanta, no ha habido  
en qué pasar; y yo quiero  
ver facción que considero  
que otra vez no ha sucedido.

DON LOPE. Pues conmigo iréis. (*Ap.* Llegó  
la ocasión de mi venganza.)

DON LUIS. (*Ap.*) ¿Cuál hombre en el mundo alcanza  
mayor ventura que yo?

DON LOPE. (*Ap.*) A mis manos ha venido,  
y en ellas ha de morir.

DON LUIS. (*Ap.*) ¡Que me viniese a servir  
de tercero su marido!

### Escena XI

EL BARQUERO. -DON LOPE, DON LUIS.

BARQUERO. Ya el barco ha llegado.  
DON LOPE. (*Albarquero.*) Entrad  
vos en el barco primero,  
porque yo a un criado espero.  
Pero no, vos le esperad,  
pues conocéis al criado;  
que al barco nos vamos ya.

BARQUERO. No entréis en él, porque está  
solo y a una cuerda atado,  
que no estará muy segura.

DON LOPE. Buscad al criado vos,  
que allí esperamos los dos.

DON LUIS. (*Ap.*) ¿Quién ha visto igual ventura?  
Él me lleva desta suerte  
adonde a su honor me atrevo.

DON LOPE. (*Ap.*) Yo desta suerte le llevo  
donde le daré la muerte. (*Vanse los dos.*)

BARQUERO. El criado no vendrá  
en mil horas, según creo.  
Mas ¿qué es aquello que veo?  
¡Desasido el barco está,  
rompida la cuerda! Dios

sólo los puede librar;  
que sin duda que en el mar  
tendrán sepulcro los dos. (*Vase.*)

*Otro punto de la playa a vista de la quinta de Don Lopa*

**Escena XII**

MANRIQUE, SIRENA.

MANRIQUE.

Sirena, cuyo mirar  
suspende, enamora, encanta,  
¿vienes acaso a escuchar  
a su orilla cómo canta  
la sirena de la mar?  
Oye un soneto oportuno,  
heroico, grave y discreto:  
no te parezca importuno,  
porque éste es el un soneto  
de los mil y ciento y uno.  
(*Saca Manrique un pape ly lee.*)  
«Cinta verde, que en término sucinta,  
su cinta pudo hacerte aquel Dios tinto  
en sangre, que gobierna el globo quinto,  
para que Venus estuviese en cinta:  
La primavera tus colores pinta,  
por quien yo traigo en este laberinto,  
tamaño como pasa de Corinto,  
el corazón, más negro que la tinta.  
Hoy tu esperanza a mi temor junte,  
porque en su verde y amarillo tinte  
amor flemas y cóleras barrunte;  
que como a mí de su color me pinte,  
no podrá hacer, aunque en arpón me apunte,  
que mi esperanza no se encaraminte.»

SIRENA.

¡ Qué lindo soneto has hecho!  
Pero enseña a ver si es verde  
la cinta.

MANRIQUE.

(*Ap.* En bien se me acuerde  
lo que la cinta se ha hecho.  
¡Ah! Sí.) Estaba cierto día  
junto al Tajo, en su frescura  
contemplando tu hermosura,  
Sirena, y la dicha mía.  
Saqué aquella cinta bella  
para aliviar mi esperanza,  
y culpando tu mudanza,  
empecé a llorar con ella.

Besábala con placer,  
y un águila que me vio  
llegarla al labio, pensó  
que era cosa de comer.  
Bajó de una piedra viva,  
y con gran resolución  
arrebatóme el listón,  
y volvió a subir arriba.  
Yo, aunque con gran ligereza  
subir a su nido quiero,  
no pude hallar un caldero  
que ponerme en la cabeza.  
Con esta ocasión se pierde  
de tu listón la memoria.  
Ésta es, Sirena, la historia  
llamada la cinta verde.  
SIRENA. Pues óyeme lo que a mí  
después acá me pasó.  
Estando en el campo yo,  
volar un águila vi,  
que era la misma; pues viendo  
no ser cosa de comer,  
la cinta dejó caer  
junto a mí; y yo, acudiendo  
a ver lo que había caído,  
hallé entre las flores puesta  
la cinta; mira si es ésta.  
MANRIQUE. ¡Notable suceso ha sido!  
SIRENA. Más notable será ahora  
la venganza.  
MANRIQUE. Mejor es  
dejarlo para después,  
que sale al campo señora. (*Vase.*)

### Escena XIII

DOÑA LEONOR. -SIRENA.  
Sirena.  
SIRENA. Señora.  
DOÑA LEONOR. Mucha  
es mi tristeza.  
SIRENA. Pues ¿no  
sabré qué es la causa yo?  
DOÑA LEONOR. Ya la sabes; pero escucha.  
Desde la noche triste  
que en tantas confusiones, abrasada  
Troya a mi casa viste,

quedando yo de todos disculpada,  
don Juan más engañado,  
libre don Luis, don Lope asegurado;  
después que por la ausencia  
que quiere hacer, en esta hermosa quinta  
adonde la excelencia  
de la naturaleza borda y pinta  
campaña y monte altivo,  
más estimada de don Lope vivo;  
perdí, Sirena, el miedo  
que a mi propio respeto le tenía;  
pues si escaparme puedo  
de lance tan forzoso, la osadía  
ya sin freno me alienta;  
que peligro pasado no escarmienta.  
A aquesto se ha llegado  
ver a don Lope más amante ahora;  
porque desengañado,  
si algo temió, su desengaño adora,  
y en amor le convierte.  
¡Oh cuántos han amado desta suerte!  
¡Oh cuántos han querido,  
recibiendo por gracias los agravios!  
Deste error no han podido  
librarse los más doctos, los más sabios;  
que la mujer más cuerda,  
de haber amado, amada no se acuerda.  
Cuando don Luis me amaba,  
pareció que a don Luis aborrecía;  
cuando sin culpa estaba,  
pareció que temía;  
y ya (¡qué loco extremo!)  
ni amo querida, ni culpada temo;  
antes amo olvidada y ofendida,  
antes me atrevo, cuando estoy culpada,  
y pues para mi vida  
hoy sigue al rey don Lope en la jornada,  
escribo que don Luis a verme venga,  
y tenga fin mi amor, porque él le tenga.

#### **Escena XIV**

DONJUAN. -DICHAS.

DON JUAN.

(Ap.) ¡No sé cómo el corazón  
tan grandes rigores sufre,  
sin que se rinda a los golpes  
de una y otra pesadumbre!

DOÑA LEONOR. Señor don Juan, pues ¿no viene con vos don Lope?

DON JUAN. No pude esperarle, aunque él me dijo que antes que en el mar sepulte el sol sus rayos, vendrá.

DOÑA LEONOR. ¿Cómo puede, si ya cubren al mundo pálidas sombras, y al cielo lóbregas nubes?

DON JUAN. A mí me tuvo violento un gran disgusto que tuve, y esperar no puede a nadie el que de sí mismo huye.

DON LUIS. *(Dentro.)* ¡Válgame el cielo!

DOÑA LEONOR. ¿Qué voz tan lastimosa discurre el viento?

DON JUAN. En tierra no hay nadie.

DOÑA LEONOR. En las ondas se descubre del mar un bulto, que ya siendo trémulas las luces del día, no se determina quién es.

DON JUAN. Osado presume escaparse; pues parece que hacia nosotros le induce piedad del cielo. Lleguemos donde valientes le ayuden nuestros brazos. *(Vase.)*

### Escena XV

DONLOPE. -DICHOS.

DON LOPE. *(Dentro.)* ¡Ay de mí!

DON JUAN. *(Dentro.)* ¡Llega!

DON LOPE. *(Dentro.)* ¡Oh, tierra, patria dulce del hombre!

*(Vuelve Don Juan y con él sale Don Lope, mojado y con una daga en la mano.)*

DON JUAN. ¡Qué es lo que veo!

¡Don Lope!

DOÑA LEONOR. ¡Esposo!

DONLOPE. No pude hallar puerto más piadoso, que el que en tal favor acude a mi fatiga. ¡Oh Leonor!

¡Oh mi bien!, no es bien que dude

que el cielo me ha prevenido  
con sus favores comunes  
tan grande dicha, en descuento  
de tan grande pesadumbre.

¡Amigo!

¿Qué ha sido esto?

DON JUAN.  
DON LOPE.

La mayor lástima incluye  
aquesta ventura mía,  
que vio el mundo,

DOÑA LEONOR.

Como ayude  
el cielo mis esperanzas,  
y vivo estéis, no hay quien culpe  
a la fortuna, aunque usase  
de su trágica costumbre.

DON LOPE.

Hablé al rey, busquéos a vos,  
y como hallaros no pude,  
fleté un barco. Estando ya  
para hacer que el agua surque.  
a mí un galán caballero,  
cuyo nombre apenas supe,  
(que pienso que era un don Luis  
de Benavides) acude  
diciéndome que por ser  
forastero, a quien se supe  
un cortés atrevimiento,  
me ruega que no le culpe  
el pedirme que en el barco  
le traiga; que es bien procure  
ver en la quinta del rey  
la gente cuando se junte.  
Obligóme a que le diese  
un lugar; y apenas hube  
entrado con él, y el barco  
de los dos el peso sufre  
(que el barquero aún no había entrado),  
cuando al cabo, a quien le pudren  
las mismas aguas del mar,  
falta, porque le recude  
una onda reciamente,  
a cuyo golpe no pude  
resistir, aunque tomé  
los remos. Al fin no tuve  
fuerza, y los dos en el barco  
entrando por las azules  
ondas del mar, padecemos  
mil saladas inquietudes.

Ya de los montes de agua  
ocupé las altas cumbres,  
ya en bóveda de zafir  
sepulcro en sus arcos tuve;  
al fin guiado a esta parte,  
a vista ya de las luces  
de tierra, chocando el barco,  
de arena y agua se cubre.  
El gallardo caballero,  
a quien yo librar no pude,  
por apartarnos la fuerza  
del golpe, sin que se ayude  
a sí mismo, se rindió  
al mar, donde le sepulte  
su olvido.

DOÑA LEONOR.  
DON LOPE.

¡Ay de mí ! (*Cae desmayada.*)  
¡Leonor,  
mi bien, mi esposa, no turbes  
tu hermosura! ¡Ay cielo mío!  
Un hielo manso discurre  
por el cristal de sus manos.  
¡Ay, don Juan!, la pesadumbre  
de verme así, no fue mucho  
que la rindiese: no sufren  
corazones de mujer  
que estas lástimas escuchen.  
Llevadla al lecho los dos.  
(*Llévanla entre Don Juan y Sirena.*)

### **Escena XVI**

DON LOPE.

¡Qué bien en un hombre luce  
que callando sus agravios,  
aun las venganzas sepulte!  
Desta suerte ha de vengarse  
quien espera, calla y sufre.  
Bien habemos aplicado,  
honor, con cuerda esperanza,  
disimulada venganza  
a agravio disimulado.  
¡Bien la ocasión advertí  
cuando la cuerda corté,  
cuando los remos tomé  
para apartarme de allí,  
haciendo que pretendía  
acercarme! Y ¡bien logré

mi intento, pues me maté  
al que ofenderme quería  
(testigo es este puñal),  
al agresor de mi afrenta,  
a quien di en urna violenta  
monumento de cristal!  
¡Bien en la tierra rompí  
el barco, dando a entender  
que esto pudo suceder  
sin sospecharse de mí!  
Pues ya que conforme a ley  
de honrado, maté primero  
al galán, matar espero  
a Leonor: no diga el rey,  
viendo que su sangre esmalta  
el lecho que aún no violó,  
que no vaya, porque yo  
en mi casa no haga falta.  
Pues esta noche ha de ver  
el fin de mi desagravio,  
medio más prudente y sabio  
para acabarlo de hacer.  
Leonor (¡ay de mí!), Leonor,  
bella como licenciosa,  
tan infeliz como hermosa,  
ruina fatal de mi honor;  
Leonor, que al dolor rendida,  
y al sentimiento postrada,  
dejó la muerte burlada  
en las manos de la vida,  
ha de morir. Mis intentos  
sólo los he de fiar,  
porque los sabrán callar,  
de todos cuatro elementos.  
Allí al agua y viento entrego  
la media venganza mia;  
y aquí la otra mitad fia  
mi dolor de tierra y fuego;  
pues esta noche mi casa  
pienso intrépido abrasar.  
Fuego al cuarto he de pegar,  
y yo, en tanto que se abrasa,  
osado, atrevido y ciego  
la muerte a Leonor daré,  
porque presuman que fue  
sangriento verdugo el fuego.



Sacaré acendrado dél  
el honor que me ilustró,  
ya que la liga ensució  
una mancha tan cruel;  
y en una experiencia tal,  
por los crisoles no ignoro  
que salga acendrado el oro  
sin aquel bajo metal  
de la liga que tenía  
y su valor deslustraba.  
Así el mar las manchas lava  
de la gran desdicha mía:  
El viento la lleve luego  
donde no se sepa della:  
La tierra ande por no vella,  
y cenizas la haga el fuego;  
porque así el mortal aliento,  
que a turbar el sol se atreve,  
consume, lave, arda y lleve  
tierra, agua, fuego y viento. (*Vase.*)

#### **Escena XVII**

EL REY, EL DUQUE DE BERGANZA. ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE. Pensando el mar que dormía  
segundo sol en su esfera,  
mansamente retrató  
a sus ondas las estrellas.

REY. Vine, duque, por el mar;  
que aunque pude por la tierra,  
me pareció que tardaba,  
cuanto por aquí es más cerca.  
Y habiendo estado las aguas  
tan dulces y lisonjeras,  
que el cielo, Narciso azul,  
se vio contemplando en ellas,  
ha sido justo venir  
donde tantos barcos vea,  
cuyos fanales parecen  
mil abrasados cometas,  
mil alados cisnes, pues  
formando esta competencia,  
unos con las alas corren,  
y otros con los remos vuelan.

DUQUE. A todo ofrece ocasión  
la noche apacible y fresca.

REY. Entre la tierra y el mar

deleitosa vista es ésta;  
porque mirar tantas quintas,  
cuyas plantas lisonjean  
ninfas del mar, que obedientes  
con tanta quietud las cercan,  
es ver un monte portátil,  
es ver una errante selva;  
pues vistas dentro del mar,  
parece que se menean.  
Adiós, dulce patria mía,  
que en él espero que vuelva  
(puesto que es la causa suya),  
donde ceñido me veas  
de laurel entrar triunfante  
de mil victorias sangrientas,  
dando a mi honor nueva fama,  
nuevos triunfos a la Iglesia,  
que espero ver...

(*Voces dentro.*)

REY. ¡Fuego, fuego!  
DUQUE. ¿Qué voces, duque, son éstas?

Fuego, dicen; y hacia allí  
la quinta, que está mas cerca.  
Y si no me engaño, es  
la de don Lope de Almeida,  
se está abrasando.

REY. Ya veo  
en ímpetu salir della,  
hecha un volcán de humo y fuego,  
las nubes y las centellas.  
Grande incendio, al parecer,  
de todas partes la cerca:  
parece imposible cosa  
que nadie escaparse pueda.

Acerquémonos a ver  
si hay contra el fuego defensa.  
DUQUE. ¡ Señor! ¿Tal temeridad?  
REY. Duque, acción piadosa es ésta,  
no temeridad.

### **Escena XVIII**

DON JUAN, *medio desnudo.* -DICHOS.  
DON JUAN. Aunque  
cenizas mi vida sea,  
he de sacar a don Lope,  
que es su cuarto el que se quema.

REY.  
DUQUE.  
DON JUAN.

Detened aquese hombre.  
Desesperado, ¿qué intentas?  
Dejar en el mundo fama  
de una amistad verdadera.  
Y pues que presente estás,  
es bien que la causa sepas.  
Apenas, oh, gran señor,  
nos recogimos, apenas,  
cuando en un punto, un instante,  
creció el fuego de manera,  
que parece que tomaba  
venganza de su violencia.  
Don Lope de Almeida está  
con su esposa, y yo quisiera  
librarlos.

### **Escena XIX**

MANRIQUE. -DICHOS.

MANRIQUE.

Echando chispas,  
como diablo de comedia,  
salgo huyendo de mi casa,  
que soy desta Troya Eneas.  
Al mar me voy a arrojar,  
aunque menor daño fuera  
quemarme, que beber agua.

### **Escena XX**

DON LOPE, *medio desnudo, que saca a DOÑA LEONOR, muerta.*

DICHOS.

DON LOPE.

¡Piadosos cielos, clemencia,  
porque, aunque arriesgue mi vida,  
escapar la suya pueda!

REY.  
DONLOPE.

¡Leonor!  
¿Es don Lope?  
Yo  
soy, señor, si es que me deja  
el sentimiento, no el fuego,  
alma y vida, con que pueda  
conoceros, para hablaros,  
cuando vida y alma atentas  
a esta desdicha, a este asombro,  
a este horror, a esta tragedia,  
yacen postradas y mudas.  
Esta muerta beldad, esta  
flor en tanto fuego helada,

que sólo el fuego pudiera  
abrasarla, que de envidia  
quiso que no resplandezca,  
ésta, señor, fue mi esposa,  
noble, altiva, honrada, honesta,  
que en los labios de la fama  
deja esta alabanza eterna.  
Ésta es mi esposa, a quien yo  
quise con tanta ternura  
de amor, porque sienta más  
el no verla y el perderla  
con una tan gran desdicha,  
como en vivo fuego envuelta,  
en humo denso anegada;  
pues cuando librarla intenta  
mi valor, rindió la vida  
en mis brazos. ¡Dura pena!  
¡Triste horror! ¡Fuerte suceso!  
Aunque un consuelo me deja,  
y es, que ya podré servirlos;  
pues libre desta manera,  
en mi casa no haré falta.  
Con vos iré, donde pueda  
tener mi vida su fin,  
si hay desdicha que fin tenga.  
Y vos, valiente don Juan, (*Ap. a él*)  
decid a quien se aconseja  
con vos, cómo ha de vengarse  
sin que ninguno lo sepa;  
y no dirá la venganza  
lo que dijo la alienta.  
¡Notable desdicha ha sido!  
Pues óigame Vuestra Alteza  
aparte; porque es razón  
que sólo este caso sepa.  
Don Lope sospechas tuvo,  
que pasaron de sospechas  
y llegaron a verdades;  
y en resolución tan cuerda,  
por dar a *secreto agravio*  
también *venganza secreta*,  
al galán mató en el mar,  
porque en un barco se entra  
con él sólo: así el secreto  
al agua y fuego le entrega,  
porque el que supo el agravio

REY.  
DON JUAN.

REY. sólo la venganza sepa.  
Es el caso más notable  
que la antigüedad celebra;  
porque secreta venganza  
requiere secreta ofensa.

DON JUAN. Ésta es verdadera historia  
del gran don Lope de Almeida,  
dando con su admiración  
fin a la tragicomedia.

Fin de «A secreto agravio, secreta venganza».